

R. L. STINE

# La CASA del Terror

ABRE LA PUERTA

## Extrañas criaturas

LAS NUEVAS  
PESADILLAS  
DE  
R.L.  
STINE

MONTENA  
MONDADORI



**PASA Y GRITA.**

**NADIE PUEDE OÍRTE. YA NO ESTÁS  
EN EL SEGURO MUNDO QUE CONOCES.**

**HAS DADO UN PASO ATERRADOR...**

**HACIA LOS RINCONES MÁS OSCUROS  
DE TU IMAGINACIÓN.**

**HAS ABIERTO LA PUERTA DE...**

**LA CASA de L  
Terror**  
ABRE LA PUERTA



R. L. STINE

La

# CASA de **del** terror

ABRE LA PUERTA

Extrañas  
criaturas

MONTENA  
MONDADORI

*Con nuestro especial agradecimiento a George Sheanshang*

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *They Call Me Creature*

Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books,  
una división de HarperCollins Publishers, Inc.

© 2000, Parachute Publishing, L.L.C.

© 2001, de la edición en castellano para todo el mundo:

MONTENA MONDADORI (Grijalbo Mondadori, S.A.)

Aragó, 385. 08013 Barcelona

[www.grijalbo.com](http://www.grijalbo.com)

© 2001, Laura Martín, por la traducción

Diseño de la cubierta: John Fontana

Ilustración de la cubierta: Vince Natale

Adaptación de la cubierta: Marina Krenn

*Primera edición*

ISBN: 84-8441-122-2

Depósito legal: NA. 2240-2001

Impreso y encuadernado en Rotativas de Estella, S.A.,  
31132 Villatuerta (Navarra)

## BIENVENIDO...

Hola. Soy R. L. Stine. Permítame presentarte a la más reciente visitante de la Casa del Terror. Se llama Laura Atkins, una atractiva chica que siempre está rodeada de animales, animales vagabundos que encuentra en el bosque que hay detrás de su casa.

A Laura le encanta el bosque y sus criaturas. Es allí donde más a gusto se siente. Pero, por desgracia, hay una criatura oculta en el bosque que Laura lamentará encontrar. De hecho, hay varias criaturas escondidas entre los árboles que no pertenecen a ese entorno, que no pertenecen a ninguna parte...

El padre de Laura se ha comportado de un modo extraño últimamente. Antes le gustaba acompañar a Laura a pasear por el bosque, pero ahora le ha ordenado que no se acerque a él. ¿Acaso sabe algo que Laura desconoce? ¿Acaso sabe que el camino que se adentra en el bosque conduce directamente a... LA CASA DEL TERROR?



## PRÓLOGO

Me llaman *la Criatura*. Pero no lo soy. Soy un ser humano. Una persona. Nací humano. He vivido gran parte de mi vida como ser humano. Todavía lo soy. Me comporto como una persona. Pienso como una persona.

¡No soy una criatura!

Sí, a veces tengo impulsos. Me domina un ansia muy fuerte. Cuando el deseo me invade, no puedo evitarlo. No puedo controlarme. Tengo tanta hambre, tanta... que parece que todo mi cuerpo necesitara comer. Comer y sólo comer.

Cuando merodeo por los bosques, tengo que matar para alimentarme. Tengo que desgarrar, despedazar y triturar. Sacio mi hambre y sigo comiendo. Dejo que los calientes jugos me corran por la barbilla.

Luego, me obligo a mirarme al espejo y grito de dolor y de angustia. Y de vergüenza.

«Criatura..., horrible criatura...»

No he sido siempre así. No siempre he tenido que ocultar el rostro.

Ahora vivo entre las sombras. No tengo amigos. Nadie en quien poder confiar.

Estoy tan solo...

Tengo tentaciones de hablar con alguien, de contar mi historia a alguien que me escuche, pero no puedo bajar la guardia. Nadie debe saberlo. Nadie debe saber nunca lo que soy. Por esa razón me obligo a mirarme al espejo.

Me miro a la cara y entonces recuerdo.

Recuerdo. Recuerdo.

Recuerdo por qué me llaman *la Criatura*.



—¡CRAJ, CRAJ, CRAJ!

—Ya está, señor Cuervo —dije suavemente. Terminé de vendar al pájaro y lo dejé con delicadeza en su jaula.

—¡CRAJ, CRAJ, CRAJ! —Luchaba por batir su ala rota.

—Papá, ¿crees que se curará?

Mi padre no contestó. Volvió la página de la revista que estaba leyendo.

—¿Papá? ¿Tú qué crees?

Cogió un bolígrafo e hizo un círculo alrededor de una frase.

—¿Papá?

—¿Decías algo, Laura?

Mi padre levantó la vista y me miró con los ojos entrecerrados a través de sus gruesas gafas de montura negra.

—¿Crees que se le curará el ala? —pregunté de nuevo.

—¿Qué ala?

Mi padre volvió su atención a la revista y comenzó a escribir en el margen.

Me percaté de la cara de sorpresa de mi amiga Ellen. Todavía no había visto la nueva y distante personalidad de mi padre. Muy distante.

Esa es la palabra que mejor lo definía en aquellos días. Incluso cuando estábamos en la misma habitación, parecía que él estuviera en otra parte.

*Lucky*, el enorme gato abandonado que encontré en el bosque, tropezó conmigo y casi tiró la jaula del pájaro. Comenzó a lamer la mano de mi padre con su larga lengua y mi padre la retiró.

—Por favor, saca el gato fuera. Estoy intentando concentrarme.

Subrayó más frases, apretando tan fuerte que la punta del bolígrafo se partió con un seco chasquido.

—¿Y adónde lo llevo? —Suspiré—. Ya no puedo usar el cobertizo porque trabajas allí.

Mi padre miró al cuervo y a *Lucky*, como si los viera por primera vez.

—¿Por qué no puedo vivir en una casa, Laura? ¿Por qué tengo que vivir en un zoo?

—¡Eres veterinario! —exclamé—. Se supone que te gustan los animales, ¿recuerdas?

Ellen forzó una risita, pero me di cuenta de que estaba muy incómoda. No había visto a mi padre desde que..., desde el cambio.

Había dejado de invitar a mis amigos porque nunca sabía lo que mi padre iba a hacer o decir.

Pero Ellen era mi mejor amiga, y la echaba de menos, así que la invité a venir aquel día. Quizá fue un gran error. Cogí la jaula con una mano y a *Lucky* con la otra, los llevé a mi habitación y cerré la puerta. Me colgué la cámara al cuello.

–Vamos, Ellen –dije–. Vamos al bosque.

Nuestra casa se encuentra en el margen de una tranquila carretera rural. El césped de la parte posterior es de un profundo color verde y acaba en el bosque. Por eso siempre he considerado el bosque, y los pequeños arroyos que fluyen a través de él, como parte de mi patio trasero.

Es allí donde me siento feliz. El bosque es tan bello, está tan lleno de vida y de paz... Por las mañanas, antes de ir al colegio, me quedo quieta en el centro del jardín y contemplo los altos árboles llenos de hojas que parecen extenderse hasta el infinito. Entonces aspiro profundamente el perfume a pino fresco de la mañana. Adoro ese olor.

Examiné la cámara, y me aseguré de haber colocado un nuevo carrete.

Ellen se apartó su liso y negro pelo hacia la espalda. Le encanta. Siempre se lo retira hacia atrás, colocándoselo hacia un lado, pasándose las manos a través de él.

Estoy celosa de su pelo. El mío es largo, castaño rojizo, y muy rebelde.

A Ellen le brillaron los ojos.

–¿Vamos a ir al bosque para tu proyecto de ciencias? ¿O porque quieres volver a ver a aquel chico que te encontraste la semana pasada?

Dejé escapar un quejido.

—Por mi trabajo de ciencias —dije—. La vida no es sólo chicos, ¿sabes?

—Bueno, has sido tú la que se ha pasado toda la mañana hablando de él. «Me pregunto si volveré a verlo. Me pregunto dónde vive. Me pregunto si tiene novia...» —Se rió.

—Vale, vale. —Tenía que admitirlo. Había estado pensando mucho en Joe desde que tropecé con él cerca del estanque Luker—. Aunque los chicos normalmente no se fijan en mí —comenté—. Y parecía muy majo. Cuando le hablé de mi trabajo de ciencias, parecía interesado de verdad.

—Entonces tenemos dos trabajos —dijo Ellen—. ¡El Proyecto-Ciencias y el Proyecto-Chico! Vamos.

—Primero tenemos que encontrar a *Georgie* —contesté.

—¿Vas a ir al bosque? —Papá frunció el ceño—. Deberías tener otros pasatiempos, Laura. ¿Por qué no vais al cine?

Suspiré. Mi padre había adorado el bosque toda su vida. De él heredé ese sentimiento. Desde pequeña siempre habíamos deambulado por el bosque durante interminables horas, explorándolo, hablando y riéndonos. Siempre habíamos podido hablar de todo.

Ahora se pasaba todo el día encerrado en el pequeño cobertizo del patio trasero. Siempre silencioso y malhumorado.

—Tengo que trabajar en mi proyecto de ciencias —le dije. Seguí a Ellen a través de la puerta trasera.

Ellen es alta, delgada y toda piernas, como un ciervo. Tiene los ojos enormes y oscuros y la cara redonda e inocente. Ellen me recuerda a un frágil y gracioso conejito. Y si ella es un conejito, yo soy un zorro. Mi pelo castaño rojizo parece el pelo de una raposa. Soy bajita y ágil, tengo los ojos castaño-verdosos y una astuta sonrisa.

Siempre comparo la gente que conozco con animales. Creo que es porque los adoro.

Ellen y yo salimos a recibir un frío y claro día de primavera. Una cadena de abultadas nubes pendía sobre los árboles. El aire estaba impregnado de una fragancia fresca y dulce.

—Lo siento por mi padre —le dije a Ellen—. Está tan cambiado desde que dejó su trabajo en el hospital de animales... Estoy un poco preocupada por él.

—Quizá deberías llamar a tu madre. Pídele consejo —sugirió Ellen.

—La llamé. Pero me dijo que tenía que ser paciente. Me dijo que dejar un trabajo es un gran cambio y que seguramente necesita un poco de tiempo para adaptarse.

—Es lógico —contestó Ellen.

Fruncí el ceño.

—Ojalá mi madre estuviera aquí. La echo mucho de menos. Las llamadas y el correo electrónico no son lo mismo.

Mi madre se trasladó a Chicago cuando mis padres se divorciaron hace cinco años. Me dieron a escoger... y elegí vivir con papá.

—La gente debe de pensar que hice una extraña elección —admití—. Pero no podría vivir en una ciudad. Si no viviera cerca del bosque, me volvería loca.

—Chicago me parece una elección muy atractiva. Me iría allí sin pensarlo —dijo Ellen. Miró a lo lejos, a un gran pájaro negro que volaba sobre los árboles.

También yo me puse a observarlo. Batía las alas rápidamente contra su cuerpo, en un movimiento seco, casi frenético.

Otro pájaro apareció de entre las copas de los árboles. Se dirigió hacia nosotras, luego cambió bruscamente de dirección y de nuevo volvió hacia nosotras, frenético, confundido.

El eco del bosque respondió con un áspero chillido cuando otro pájaro se elevó de entre las copas de los árboles. Entonces se levantó una nube de pájaros. Una oscura nube de alas batientes. Batían tan fuerte que sonaba como un trueno.

Parpadeé, conmocionada.

—¿Qué está pasando? —grité.

Aparecieron más pájaros, cientos de ellos volando en un cerrado círculo. Bloquearon la luz del sol, sumergiéndonos en la oscuridad.

Ellen me agarró del brazo.

—Vaya. ¿Qué es eso? —susurró.

—No lo sé —jadeé mirando a los pájaros, un oscuro tornado que se arremolinaba y giraba por encima de los árboles—. ¡Nunca he visto un enjambre de pájaros como este!

Los pájaros chillaban y graznaban. Se lanzaban en picado y volvían a elevarse, dando vueltas alrededor de los árboles, chirriando cada vez con más fuerza.

Oí el chasquido de una ramita.

Me volví y vi que mi padre nos había seguido. Tras los gruesos cristales, oteó el cielo. Le temblaba la mano cuando se retiró un mechón de pelo de los ojos.

—Algo los ha perturbado —susurró—. Ahí fuera pasa algo raro, Laura. No vayas. No vayas hoy al bosque.



—Tengo... tengo que ir —le respondí—. Mi trabajo...

    Mi padre observó la negra nube giratoria de chirriantes pájaros.

    —Los pájaros no actúan de esa manera a no ser que pase algo realmente malo —dijo lentamente.

    Y entonces se dirigió al bosque, atravesando el jardín a toda velocidad.

    —¡Papá! —grité—. ¡Papá! ¿Adónde vas? ¡Vuelve! No se volvió. Vi cómo desaparecía entre los árboles.

    —¿Qué está haciendo? —preguntó Ellen, apretándose la cara con las manos.

    —No lo sé —contesté, acercándome a ella.

    Observamos la oscura nube de pájaros, volando en círculo. Sus agudos y frenéticos gritos hacían eco en mi cabeza.

    Me puse las manos en los oídos para amortiguar el ruido... y de repente cesaron los gritos.

Los pájaros volaban en círculos en un extraño silencio. El batir de alas aminoraba.

Fueron abalanzándose sobre los árboles. Resguardados por las frondosas copas, iban desapareciendo. El cielo volvía a brillar con la luz del día. Y de nuevo pude oír el suave susurro del viento.

Ellen se derrumbó en el suelo.

—Ha sido espantoso. Esos pájaros... parecían muy enfadados. Creí que nos iban a atacar. Pero de pronto, desaparecieron.

—Nunca he visto nada semejante —dije, con el corazón desbocado—. Espero que mi padre se encuentre bien. Sin duda algo los ha perturbado. Pero ¿qué?

Hice bocina con las manos.

—¿Papá? ¿Dónde estás?!

No hubo respuesta.

Ellen se puso en pie.

—¿Todavía quieres hacer fotos? —Se retiró el cabello hacia la espalda—. ¿Crees que es seguro?

Observé el cielo sobre los árboles. El sol brillaba con fuerza. No había pájaros a la vista.

—No nos pasará nada —le aseguré.

*Georgie*, mi pastor alemán, se acercó corriendo desde uno de los lados de la casa. Comenzó a menear la cola en cuanto nos vio.

Primero vino corriendo hacia mí porque sabe que soy su mejor amiga. Le rasqué el cuello y comenzamos a jugar sobre la hierba.

—Nos llevamos a *Georgie*, ¿vale? —sugirió Ellen. Asentí.

—Por supuesto. No entraría en el bosque sin él. *Georgie* y yo hemos explorado juntos el bosque desde que no era más que un cachorro.

Ellen encabezó la marcha y yo la seguí. La cámara me golpeaba contra el pecho mientras caminaba.

—Tengo que entregar el trabajo antes de dos semanas —me quejé—. Y casi ni tengo fotos.

Mi trabajo de ciencias consistía en estudiar la flora y la fauna del estanque Luker. Ya había fotografiado buena parte de la flora y ahora necesitaba fotos de algún animal.

Pensé que sería fácil. Pero había visitado el estanque todas las tardes durante una semana y todavía no había encontrado ni un animal.

Ellen corrió hacia el bosque. Su cabello ondeaba tras ella como la cola de un caballo. *Georgie* y yo la alcanzamos en el borde del bosque.

Alzó la vista hacia el cielo, sobre los árboles.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó—. ¿Crees que algún animal los ha hecho salir de sus nidos?

—No lo sé —repuse—. ¿Y por qué mi padre...?

Me detuve en seco cuando oí el aullido.

Un agudo y lacerante grito. El sonido de un animal herido.

*Georgie* alzó la cabeza, tensó el cuerpo y comenzó a ladrar furiosamente.

El animal volvió a aullar.

Me adentré en el bosque y escuché con cuidado tratando de localizar el sonido.

Un nuevo aullido. Un gemido agónico.

Pero no procedía del bosque.

Giré en redondo.

—Quietos. Viene del cobertizo —dije, señalando hacia allí.

El cobertizo es cuadrado con el techo de madera. Se encuentra a medio camino entre la casa y el bosque. Es casi tan grande como un garaje para un solo coche, con una sólida puerta de madera y el techo plano.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Ellen—. ¿Qué es lo que grita de esa manera?

—No lo sé —le respondí—. Mi padre no me permite acercarme.

Ellen miraba fijamente el cobertizo. El aullido por fin se interrumpió.

—Laura, no quiero que te lo tomes a mal... pero están pasando cosas espeluznantes alrededor de tu casa. —Me reí—. ¿Qué tipo de trabajo está llevando a cabo ahí dentro? —Seguía mirando fijamente el cobertizo.

Suspiré.

—Algún tipo de investigación, creo. Se pone muy raro cuando le pregunto, así que exactamente no lo sé. Intenté echarle una ojeada la semana pasada, pero la puerta estaba cerrada.

Me agaché y acaricié a *Georgie*. Luego nos adentramos en el bosque por un tortuoso camino de tierra a través de los majestuosos árboles.

—¿Por qué dejó tu padre el trabajo en el hospital de animales? —preguntó Ellen—. ¿Lo echaron?

–No lo sé –le respondí mientras dejaba libre el camino apartando una rama–. No me lo ha dicho. Ya casi no habla conmigo. No sé qué pensar.

Los ojos de Ellen brillaron. Me cogió del brazo.

–Yo sé lo que pasó, Laura. –Una taimada sonrisa apareció en su rostro–. Sé por qué dejó su trabajo. Tu padre y la doctora Carpenter salían juntos... ¡y ella lo echó!

–¡Vamos! –exclamé. Me puse un dedo en la garganta y simulé que vomitaba–. Eso no es lo que pasó –repuse–. ¿Mi padre y la doctora Carpenter? Ni hablar.

Mi padre y la doctora Carpenter se conocían desde hacía cuatro años, desde que ella se había trasladado aquí para dirigir el hospital de animales. Si mi padre y ella hubieran tenido algún tipo de relación amorosa, yo lo habría sabido.

–Estás equivocada –comenté–. No han salido juntos ni un solo día.

–Pero ella viene a tu casa muy a menudo –insistió Ellen.

–Ya no –murmuré.

La doctora Carpenter solía venir algunas veces durante la semana. Salíamos todos juntos. Veíamos vídeos o jugábamos al Scrabble. A mi padre le encantaba componer extrañas palabras para intentar derrotar a la doctora Carpenter. Era muy divertido. Me encantaban sus visitas. Era genial tener a alguien con quien hablar sobre amigos, ropa, profesores.

–Te lo digo yo, ¡ella lo echó! –insistió Ellen.

¿Mi padre y la doctora Carpenter? No podía ser. Pero, entonces, ¿por qué dejó papá el hospital de animales? La doctora Carpenter solía decir que mi padre era el mejor veterinario del mundo. Ella no lo echaría, ¿no?

Sorteamos un árbol caído, cubierto de una espesa capa de hongos verdes y amarillos. Casi habíamos llegado al estanque.

—Hablemos de esa fabulosa fiesta de cumpleaños que te estoy preparando —dije. Quería cambiar de conversación—. Necesito una lista. ¿A quién quieres que invite?

—Sólo a chicos —respondió Ellen. Sonrió tontamente.

—Estás de broma ¿no? —objeté.

—¿Por qué no invitas a ese chico que conociste, a Joe? —sugirió Ellen—. Me gustaría conocerlo.

—¡Eh! —respondí rápidamente—. ¡Yo lo vi primero!

Me volví y advertí que *Georgie* estaba examinando una pila de hojas muertas. Mientras husmeaba desesperado, comenzó a dar fuertes zarpazos al montón de hojas.

—¡*Georgie*, deja eso! —grité—. ¡*Georgie*, no!

Ellen puso cara de fastidio.

—¡Puaj! ¿Qué está haciendo?

A Ellen no le entusiasma estar fuera de casa. No le gusta la tierra, los bichos o los animales del bosque. Prefiere estar en casa, leyendo un libro o escribiendo en su diario. Es una gran escritora. Es la editora del periódico del colegio.

Pero como es tan buena amiga, me acompaña al bosque para hacerme compañía.

—¡*Georgie*, deja eso! —grité.

El perro no me hizo caso. Hundió la cabeza en la pila de hojas mientras seguía gruñendo... y sacó algo entre los dientes.

—¿Qué es eso? —exclamó Ellen. Se apretó las manos contra la cara—. ¿Qué lleva en la boca?

—Déjame ver qué es, *Georgie* —dije, dando un paso hacia él y extendiendo la mano—. Dámelo, dámelo, bonito. ¿Qué has encontrado?

Me acerqué lentamente.

—*Georgie*, ¿qué has encontrado, bonito? ¿Qué tienes ahí?

El perro dejó escapar un gruñido. Entonces abrió la mandíbula con un rápido movimiento y el objeto cayó al suelo.

Ellen y yo lo miramos... y ambas comenzamos a chillar.

—¡Es... es un dedo! —aullé—. ¡Un dedo humano!



*Georgie* ladraba, meneando la cola con fuerza. Luego se marchó, encaminándose hacia casa.

—Oh, Dios —gimió Ellen cerrando los ojos—. ¿Es un dedo de verdad? Estoy mareándome.

Me acerqué y lo toqué con la punta del zapato. Agucé la vista para observarlo con mayor nitidez.

—Sí, es un dedo —contesté débilmente. Tenía el estómago revuelto. Lo examiné—. Pero... quizá no es de persona.

Ellen todavía tenía las manos pegadas a la cara y se había dado la vuelta.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Bueno..., la piel está como curtida. Y las uñas son puntiagudas. Y es tan peludo...

—¡CÁLLATE! —gritó Ellen—. ¡No vuelvas a hablar de eso nunca! Vámonos.

Comenzó a desandar el camino, pero yo no me levanté. Observé el dedo con mayor detenimiento.

—Qué raro —murmuré—. Tiene el extremo muy raído. Parece como si lo hubieran arrancado.

—No digas nada más —dijo Ellen—. Estoy mareada, de verdad.

—Cuidado, ¡cógelo! —grité. Hice ver que se lo lanzaba.

Ellen chilló e intentó esquivarlo, aunque no tenía nada en la mano.

—No tiene gracia, Laura —murmuró—. Oye, ¿por qué no le sacas una foto? Para tu trabajo de ciencias.

—Se supone que tengo que fotografiar animales enteros —contesté—. No sólo parte de ellos.

«Pero debería llevármelo a casa —pensé—. Enseñárselo a mi padre. Quizá él sepa qué clase de animales tenían aquellos dedos.»

No quería que Ellen se asustase, así que mientras no miraba recogí el dedo. Lo mantuve escondido en la palma de la mano para que no lo viera.

Ellen y yo deambulamos por el bosque. Algunas mariposas revoloteaban sobre el estanque Luker. Oí el *toc-toc-toc* de un pájaro carpintero en lo alto de un árbol. ¡Sí! ¡Perfecto! ¡Necesitaba ese pájaro carpintero! Me llevé la cámara a la cara dirigiéndola hacia el árbol, buscándolo.

—Tengo que irme —dijo Ellen—. ¿Qué hora es?

Examinaba los árboles a través del objetivo de la cámara.

—Cerca de las tres, creo.

—Vaya. Tengo que irme, en serio —insistió Ellen—. Le prometí a Stevie Palmer que iríamos a

jugar al tenis a las tres. –Saltó sobre una ancha piedra y comenzó a correr alejándose.

Stevie Palmer, rubio, ojos azules, gran atleta, la última conquista de Ellen.

–Y no olvides invitar a Stevie a mi fiesta –gritó mientras se alejaba.

–¡No, espera! –exclamé, bajando la cámara–. ¿A quién más invito? ¿A quién más?

Se volvió retirando su cabello hacia atrás.

–¡Invita a todo el mundo! –gritó. Después desapareció tras un bosque de arbustos.

«Ojalá no se hubiera ido», pensé, rodeando el estanque. Estaba sola en el bosque y, por primera vez en mi vida, me puse tensa.

Pensé que me sentiría mejor una vez hubiera hecho algunas fotografías. Sólo había tomado tres o cuatro. Necesitaba desesperadamente encontrar algún animal... o mi trabajo iba a ser un completo fracaso.

Me encaminé hacia el borde del estanque.

«Vamos, animalillos. ¿Dónde os escondéis?»

Estaba tan desesperada que hice una foto a unas mariposas que revoloteaban sobre el agua.

Me senté a esperar.

«Quizá, si me quedo muy quieta, se acerque un ciervo a beber.»

Me senté y esperé. La cámara reposaba en mi regazo mientras escuchaba el susurro de los árboles. Uno de mis sonidos favoritos.

Un minuto después oí un ruido, esta vez detrás de mí. Era el chasquido de una rama.

Me volví, pero no vi nada.

Me levanté y entonces escuché unas contundentes pisadas de pezuñas.

¿Era un ciervo?

Los ruidos cesaron.

Me volví de nuevo y di unos pasos hacia delante.

Detrás de mí volví a oír el sonido de unas pisadas.

Me detuve. Y una vez más las pisadas cesaron.

Comencé a temblar mientras un escalofrío me recorría la espalda.

Nunca había sentido miedo en el bosque. Nunca. Ni siquiera cuando estaba sola.

Pero aquel día era diferente.

Rememoré los pájaros volando en círculos..., el horrible dedo en la hierba..., mi padre advirtiéndome que no me adentrara en el bosque...

Y ahora algo me estaba siguiendo. Algo me seguía sigilosamente.

—¿Papá? —llamé.

No obtuve respuesta.

Escuché atentamente. Oí el nervioso piar de los pájaros en las ramas de un gran árbol. El susurro del viento. El crujido de una rama.

Aguantando la respiración, di un nuevo paso. Uno más.

Esperaba escuchar las pisadas. Y las oí. Las contundentes pisadas de zapatos o de pezuñas.

Me volví rápidamente, sin aliento.

—¿Qui... quién está ahí? —grité.



De entre el bosque apareció un chico. Me miró con timidez bajando sus oscuros ojos en el acto. Era bajito y un poco regordete. Tenía el pelo negro, largo y enmarañado, muy brillante, casi tan largo como el de Ellen.

–¡Hola, Joe! –lo saludé. Respiré aliviada.

–¡Hola, eres tú! –contestó él corriendo hacia mí. Le sonreí.

–Creía que algo me seguía. No... no sabía qué pensar. –Aparecieron unos círculos rosados en sus mejillas.

–Era yo –dijo quedamente.

Me percaté de que era muy tímido. Y muy guapo. Llevaba unos tejanos holgados cortos y una camiseta negra. Alrededor del cuello le colgaba una larga cadena de plata. Llevaba una caña de pescar en la mano derecha. Señaló mi cámara.

–¿Has cazado algo hoy?

–No, yo...

Miré hacia abajo y de repente me di cuenta de que todavía sujetaba el horrible dedo. Consideré que si Joe lo veía iba a pensar que era un poco rara.

—He oído un pájaro carpintero en aquel árbol de allí —dije señalando hacia el lugar.

Cuando Joe se volvió hacia aquella dirección, dejé caer el dedo de la mano. Joe se volvió de nuevo... y aplasté el dedo con el zapato.

—Estoy desesperada —dije—. ¿Dónde están los animales? ¿Están en huelga?

—Quizá podamos hacernos con alguno —contestó Joe—. Ya sabes. Podemos ir a una tienda de animales o algo así. Apoderarnos de algunos hámsteres o tortugas y traerlos al estanque.

—Creo que no —repliqué riendo—. Pero sigue pensando.

Nos dirigimos al estanque. Joe le dio una patada a una piedra lanzándola al agua. Su largo cabello ondeaba al viento.

—¿Has pescado algo hoy? —le pregunté. La última vez que me había encontrado a Joe en el bosque estaba sentado en una piedra plana pescando junto a un riachuelo. Me confesó que le encantaba pescar, pero que nunca comía lo que pescaba. Siempre los devolvía al agua. Eso hizo que me gustara aún más.

—No, no es mi día de suerte —respondió—. Volveré a intentarlo mañana.

—¿Y cómo van las cosas por la academia Wilberne? —le pregunté. Lo admito, en mi rostro mostraba algo parecido al sarcasmo.

Se volvió hacia mí.

—¡Te ríes de mí porque voy a una escuela privada!

—¡No! —protesté—. Sólo que..., bueno..., los chicos que conozco que van a Wilberne son unos creídos y tú no te pareces a ellos.

Se rió disimuladamente.

—Vaya, gracias, supongo...

Decidí que invitaría a Joe a la fiesta de cumpleaños de Ellen. La idea hizo que mi corazón comenzara a latir con fuerza. Me di cuenta de que estaba nerviosa de verdad.

«Adelante, Laura. Invítalo —me dije a mí misma—. No hagas de esto un acontecimiento. Sé directa..., como Ellen.»

Respiré profundamente.

—Esto... ¿Joe?

El gorjeo de dos pájaros me interrumpió. Volaban muy alto por encima de nuestras cabezas. Me volví justo a tiempo para ver cómo se elevaban, piando juntos mientras volaban.

Se les unieron tres o cuatro pájaros más. ¡Vaya jaleo! Formaron una indefinida V y desaparecieron de la vista.

Joe agitó la cabeza.

—¿Qué les pasa?

Nos reímos al unísono. Me encantaba la forma de los ojos de Joe cuando se estrechaban en dos pequeñas medias lunas. Me recordaba a un osito..., el pequeño y simpático osito de unos dibujos animados.

Decidí probar de nuevo.

—Esto... voy a dar una fiesta para mi amiga...  
—comencé.

No tuve oportunidad de acabar.

Todo pareció estallar a la vez. Los árboles se agitaron, los animales comenzaron a chillar, los pájaros a chirriar y graznar.

El cielo se oscureció cuando despegaron el vuelo, batiendo las alas con frenesí. La hierba oscilaba de un lado a otro mientras los ratones de campo corrían en estampida entre nuestros pies.

—¡¿Qué... qué está pasando?!—grité.

Joe giró en redondo, sus ojos se agrandaron llenos de terror y confusión.

El cielo se oscureció aún más, como si hubiera caído la noche.

Se oyó un agudo y escalofriante chillido, haciendo eco entre los árboles. Y por encima de todos aquellos gritos silbantes, se distinguía el frenético batir de alas.

—¡Murciélagos!—aulló Joe.

Sí. Murciélagos, cientos de ellos sobre nosotros, chillando, elevándose y lanzándose entre los árboles.

—Pero..., pero..., —balbuceé—. ¡Los murciélagos no vuelan de día!

Me quedé sin aliento cuando un murciélago se abalanzó sobre mi cabeza. De repente sentí su áspera y cortante ala arañando mi cara, y me golpeó una oleada de aire caliente procedente de su cuerpo.

—¡Laura, al suelo! —Joe me asió de los hombros y me empujó hacia abajo—. ¡Al suelo! ¡Cúbrete la cabeza! ¡Nos están ATACANDO!

«¡Cúbrete la cabeza! ¡Cúbrete la cabeza!»

Aquellas fueron las últimas palabras que oí. Las batientes alas ahogaron los gritos de Joe. Los agudos chillidos de los murciélagos parecían atravesarme el tímpano.

Me encogí sobre mí misma y me cubrí la cabeza con ambas manos.

—¡Ahhh! —dejé escapar un aterrado grito mientras las alas de los murciélagos me golpeaban espalda y hombros.

«¡Esto no puede estar pasando! —pensé, temblando—. Los murciélagos no salen de día.»

¿Qué estaba pasando?

Sentía el batir de las alas contra mis manos y un acerado tirón en el cuero cabelludo.

—¡Dejadme en paz! —rugí, intentando desesperadamente deshacerme de dos murciélagos que tenía en el pelo.

Todo giraba a mi alrededor..., las batientes alas, los arañazos de las garras y los chillidos..., esos agudos chillidos.

«No, por favor, no —rogaba en silencio—. ¡Marchaos, marchaos!»

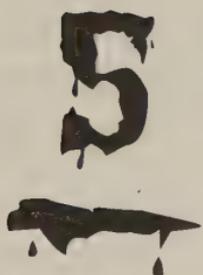
Intenté mantenerme en aquella posición. Pero cada golpe de ala, cada sorda colisión golpeándome, cada arañazo de una garra de murciélago sobre mi ropa, me hacían temblar de terror.

—¡Joe... ¿estás bien?! —vociferé—. ¿Joe?...

No obtuve respuesta alguna.

Y entonces los agudos chillidos comenzaron a apagarse. El sonido de batir de alas se fue desvaneciendo poco a poco.

—¡¿Joe?! —grité, todavía con miedo de abrir los ojos—. ¿Joe? ¿Por qué no respondes?



-¿Joe?

El aleteo de los murciélagos se oía en la distancia. Los agudos chillidos se apagaron y murieron.

Temblando, todavía encogida sobre mí misma, abrí los ojos lentamente y levanté la cabeza.

Y grité de nuevo.

A mi lado, Joe estaba de rodillas, peleándose con dos enormes murciélagos.

Uno de ellos tenía sus garras enganchadas en el espeso cabello de Joe. Batía las alas con energía, chillando, luchando por liberarse.

El otro colgaba del cuello de su camiseta. Las alas extendidas me impedían ver el rostro de Joe.

Pero podía oír sus desesperados gritos.

Golpeaba a los murciélagos con ambas manos mientras estos chillaban y aleteaban.

Joe cayó de espaldas. Con una mano agarró a uno de los murciélagos por el cuello y apretó hasta que no emitió sonido alguno.

Las curvadas garras se aflojaron. Joe lo lanzó entre los árboles.

El otro murciélago colgaba de su cabello.

Me quedé paralizada por el horror, viendo cómo Joe luchaba por desembarazarse de aquello. Finalmente, conseguí moverme. Me tiré al suelo... y atrapé al murciélago que estaba batiendo las alas.

—¡NO! —exclamó Joe—. ¡VETE!

Dio un giro en el suelo. Agarró al murciélago con ambas manos y con cuidado lo desenredó de su cabello.

El murciélago chillaba.

Joe lo lanzó lejos. Antes de que pudiera decir nada, se puso en pie de un salto y comenzó a correr.

—Joe... —lo llamé—. ¡Espera!

Se detuvo en la parte más lejana de un pequeño claro. Tenía la cara roja. Respiraba con dificultad.

—No te vayas. Mi casa está aquí cerca —le dije—. Mi padre es médico. Quiero decir, es veterinario. Pero sabe de murciélagos. Deja que les eche un vistazo a esos cortes y arañazos.

—No —respondió Joe, agitando la cabeza—. Qui... quiero decir, no, gracias.

—¿Tienes un corte en la cabeza? ¿Te han arañado? —le pregunté.

—Creo que estoy bien —insistió—. De todas formas, mi madre está en casa. Ella me llevará al médico.

–No..., espera –repliqué–. Si tienes un corte te lo deberían mirar ahora mismo. Ven conmigo. Mi padre te...

–No. Estoy bien. De verdad. –Se volvió. Y con una mano aún sobre la cabeza, comenzó a correr. Antes de desaparecer en el espeso bosque, dijo:

–Ya nos veremos.

–¡Espera! –grité. Me obligué a decir aquellas palabras–. ¡Quiero invitarte a una fiesta! ¡Joe!

Pero ya se había ido.

Suspiré. Me quedé allí mirando por donde había desaparecido. Aún podía oír el batir de las alas de los murciélagos en la distancia.

Me picaba todo el cuerpo. Todavía podía sentir sus garras rasgando mi ropa y el aire que provocaban sus alas.

«Algo los puso histéricos –pensé–. Como los pájaros de esta mañana.

»Algo que había en el bosque los aterró. Algo que les hizo comportarse de esa manera tan extraña. Pero ¿qué?»

Minutos después salí del bosque y llegué a nuestro patio trasero. La puerta del cobertizo estaba cerrada. Mi padre había vuelto. Escuché cómo se movía en su interior.

Me moría por contarle lo del ataque de los murciélagos. Si me hubieran arañado o mordido, se lo habría contado, pero no lo hicieron. Además, sabía que cuando se metía en el cobertizo, no quería que se lo molestara. Así que entré en casa para preparar la cena.

Normalmente, mi padre y yo nos turnábamos para cocinar o inventábamos recetas juntos. Era divertido. Algunas veces, la doctora Carpenter se unía a nosotros. La echaba de menos. Me di cuenta de que la doctora C. se había convertido en una especie de segunda madre para mí.

Saqué un pollo de la nevera, hundí mi mano en él y comencé a extraer toda la porquería de dentro.

A través de la ventana de la cocina podía ver el bosque. Ahora estaba silencioso. Los árboles se mecían suavemente, oscureciéndose mientras el sol se iba poniendo.

Sonó el teléfono. Saqué rápidamente mi mano del pollo e intenté limpiarme los restos de tripas en un trapo de cocina. Cogí el auricular.

—¿Sí?

Era Ellen.

—Laura... ¿dónde has estado? Te he estado llamando durante media hora.

—En el bosque —contesté—. Ha sido muy extraño, Ellen. Yo...

—No invites a Stevie a mi fiesta —me atajó.

—¿Perdona?

—Táchalo de la lista —insistió—. Qué pesado. Estaba histérico. Sólo porque me retrasé media hora para jugar al tenis. Luego intentó hacerme tragar las bolas toda la tarde.

—Ellen... —intenté decir.

—¿Qué quiere que haga si le puedo ganar en tres juegos? Es muy inmaduro, Laura. Y cuando

me ofrecí para darle lecciones de tenis me soltó un montón de insultos infantiles y se marchó enfadado.

Me reí.

–Simplemente táchalo de la lista, ¿vale? –concluyó Ellen.

–Sin problemas –contesté–. Oye... ¿has visto a Joe? Estaba en el bosque.

–Vaya –musitó–. Me hubiera gustado verlo. ¿Lo invitaste a la fiesta?

–Lo... lo intenté –dije–. Pero...

–Oh, tengo que dejarte –me interrumpió Ellen–. Mis hermanos se están peleando y hoy me toca vigilarlos.

Colgó antes de que pudiera decir nada más. Colgué yo también y volví a la cocina.

Poco después la cena estaba lista. Hice una ensalada, patatas asadas y guisantes para acompañar el pollo.

Lo llevé todo a la mesa y miré el reloj. Casi las siete y mi padre sin dar señales de vida.

«¿Qué estará haciendo? ¿Habrá perdido la noción del tiempo?»

Miré a través de la ventana de la cocina hacia el cobertizo. No quería que se enfriara la cena. Y tenía muchas ganas de contarle a mi padre lo del extraño ataque de los murciélagos y lo del espeluznante dedo que encontré.

Abrí la puerta trasera de la cocina, hice bocina con las manos y lo llamé.

No obtuve respuesta.

Dos petirrojos alzaron la cabeza y me observaron. Empecé a correr a través del jardín y echaron a volar.

—¿Papá? —llamé, dirigiéndome a la puerta del cobertizo.

Un penetrante olor a medicina provenía del cobertizo. Como el olor de la consulta de un médico. Escuché un apagado gemido procedente del interior.

Probé a abrir la puerta y, para mi sorpresa, no estaba cerrada.

—¿Papá? —Empujando, entorné la puerta.

Pude ver grandes equipos electrónicos empujados hasta el techo. ¿Qué era lo que mi padre tenía entre las manos? ¿Qué era lo que emitía esos sonidos?

Un pequeño animal rosáceo.

Tenía agarrado el animal con una mano... y estaba a punto de clavarle una enorme aguja hipodérmica.

—¿Papá? ¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Giró sobre sus talones y su rostro se volvió iracundo.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡No vuelvas a abrir esa puerta nunca más!

Retrocedí dando un respingo y cerré la puerta. Nunca lo había visto tan furioso.

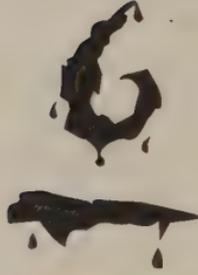
Me temblaban las piernas mientras me alejaba de la puerta.

¿Por qué me había gritado de aquella manera? ¿Por qué se comportaba así?

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Durante las últimas semanas mi padre se había convertido en un perfecto desconocido.

Me sentía muy sola. Muy sola..., y le tenía miedo a mi propio padre.



Mi padre y yo comimos en silencio durante un rato. Mantuvo los ojos en el plato y tragó rápidamente su cena, como si tuviera prisa por acabar pronto.

El único sonido era el de los cubiertos y el áspero *caw caw* del cuervo herido en mi habitación.

–Lo siento. –Mi padre alzó la vista–. No era mi intención gritarte.

Respiré hondamente.

–¿Por qué me chillaste de esa manera? –pregunté.

Se pasó la mano por los grisáceos cabellos, mirándome fijamente.

–Estoy trabajando en algo muy importante –respondió–. Y no se me puede interrumpir. El tiempo es muy importante.

Se levantó para recoger la mesa.

–Sé que he estado muy tenso últimamente. Sé que no te he hecho mucho caso. Pero las cosas van

a cambiar, te lo prometo. –Papá sonrió por primera vez en semanas–. ¿Qué te parece una partida de Scrabble?

Nos trasladamos a la sala de estar y sacamos el tablero de Scrabble. Empezamos a formar extrañas palabras. Y de repente parecía que todo había vuelto a la normalidad. Así que pensé que estaría bien hacerle una pregunta.

–Papá, exactamente ¿qué tipo de trabajo estás haciendo?

Tragó saliva. Sus mejillas se contrajeron.

–No puedo hablar de eso.

–¿Por qué no? ¿No confías en mí?

–No puedo hablar de eso. Hasta que haya acabado, no puedo comentarlo con nadie. –Suspiró.

–Pero... –protesté.

Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

–No más preguntas, ¿vale? No hay más que hablar –dijo con suavidad.

–No soy un bebé –respondí con voz temblorosa–. Si estás llevando a cabo algún tipo de trabajo secreto puedes confiar en mí.

–Lo siento, Laura. De verdad que no puedo comentarlo con nadie.

Descansó la espalda en el respaldo de la silla. Cerró los ojos como si estuviera extenuado. Los abrió de nuevo.

–¿Quieres que acabemos esta partida? –preguntó.

Asentí, aunque era la última cosa que me apetecía hacer.

Cuando terminamos de jugar, mi padre me ayudó a recoger el tablero.

—Laura, sería una buena idea si te fueras a vivir con tu madre una temporada —dijo. Mantuvo los ojos fijos en la caja del Scrabble.

Me llevé una mano al pecho como si me hubieran dado una puñalada.

Aquellas palabras me habían herido profundamente.

—¿Tú... tú quieres que me vaya? —balbuceé.

—Es lo mejor.

—¿Tengo que irme porque... porque te he preguntado qué estabas haciendo en el cobertizo? —le pregunté, tratando de no llorar.

—Algún día lo entenderás —contestó con calma. Se ajustó de nuevo las gafas—. Es por tu bien.

—¡No! —grité—. ¡No! ¿Cómo puede ser por mi bien? Sabes que no quiero vivir en Chicago. Tengo que estar cerca del bosque. ¿Y qué pasa con el colegio? ¿Y con mis amigos? ¡No puedo dejarlos sólo porque tú tengas una especie de estúpido secreto!

—Laura... —Mi padre alzó una mano para que me callara—. Soy tu padre. Tengo que hacer lo que es mejor para ti. Créeme, no quiero que te vayas. Te quiero más que a nada, pero...

Me llevé una mano a la boca para contener un sollozo.

«No puedo creer que me esté diciendo esto», me dije, incapaz de detener los temblores de mi cuerpo.

–Está bien, está bien –repuse finalmente, casi sin voz–. No me acercaré al bosque. Te lo prometo. Y no haré más preguntas. No más preguntas sobre tu trabajo.

Mi padre me observó detenidamente.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo –afirmé.

«¡Pero de ninguna manera voy a mantener esa promesa! Voy a averiguar su secreto –decidí–. Descubriré qué es eso tan importante. ¿Qué es tan secreto que pensaba deshacerse de su hija? Voy a descubrir la verdad.»



Me fui a la cama un poco después de las once. Pero no podía dormirme.

Estaba demasiado ofendida para poder dormir. Demasiado ofendida, asustada y enfadada, todo a la vez.

Me estiré hasta alcanzar el teléfono de la mesita de noche y llamé a Ellen.

—¿Sí? —Tenía la voz espesa por el sueño.

—¿Te he despertado? —pregunté.

—No importa. —Bostezó—. ¿Qué pasa? Pareces preocupada.

Le conté lo que mi padre me había dicho.

—No puedo dormir —susurré—. Cada vez que cierro los ojos, un nuevo terror asalta mi mente. Me imagino a mi padre con su bata de laboratorio sosteniendo un pequeño animal indefenso en una mano y una aguja hipodérmica en la otra. Inyectando a los animales extraños productos químicos. Haciéndolos gemir y aullar.

–Pero tu padre es veterinario –dijo Ellen–. Pone inyecciones a los animales miles de veces.

Miré las sombras del techo de mi habitación, dándole vueltas a la cabeza.

–Pero ahora es diferente –le dije–. No quiere contarme lo que está haciendo. ¿Qué experimentos han de ser tan secretos... incluso para su propia hija?

–No lo sé. Pero tu padre no mataría ni a una mosca. Nunca torturaría un animal. Es imposible.

–Ellen, perdió el trabajo en el hospital de animales. Quizá fuera porque está haciendo algo que no está bien –insinué.

–Eso no lo sabes –argumentó. Sabía que estaba intentando tranquilizarme. Pero nada de lo que me dijo me hizo sentir mejor.

Finalmente dejé que volviera a dormirse. Cerré los ojos y también yo me dormí..., pero no por mucho tiempo.

Un débil murmullo entró flotando a través de la ventana abierta de mi habitación, despertándome.

Le eché una ojeada al reloj de la radio. Un poco antes de las dos de la madrugada.

Me acerqué hasta la ventana y miré hacia el bosque, restregándome los ojos. Centelleantes luces titilaban a través de los árboles.

Intenté disimular un bostezo y continué observando con fijeza. Las luces se movían lentamente hacia delante y atrás, flotando misteriosamente como fantasmas. Un escalofrío me recorrió la espalda.

No hay carreteras en el bosque. Ni ninguna otra casa alrededor de un kilómetro a la redonda. ¿Quién podría estar ahí fuera?

«Mejor voy a despertar a papá –pensé. Me aparté de la ventana–. No. He cambiado de opinión. No voy a despertarlo. No quiero hablar con él. Pero tengo que descubrir qué es lo que hay ahí fuera, en el bosque.»

Me puse los tejanos y la camiseta sin mangas que había llevado durante el día. Segundos después abrí la puerta de la cocina y salí fuera.

Las nubes se arrastraban sobre la plateada luna. Un viento cambiante mecía la hierba primero en una dirección y luego en la otra.

«Como las olas de los océanos», pensé.

Era una brisa cálida, pero me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda.

Cerré la puerta con cuidado, esperé a oír el suave *clic* para asegurarme de que estaba cerrada. Entonces, atravesé corriendo el jardín dirigiéndome al bosque.

Busqué las luces, pero habían desaparecido. El débil murmullo también había cesado.

–Qué raro –musité.

Me detuve a medio camino del patio trasero a escuchar. Sólo silencio. Silencio...

A no ser por aquel profundo lamento.

Un triste gemido.

Me volví. Los lamentos procedían del cobertizo.

El cobertizo. Tenía que averiguar qué había allí dentro. Era el momento perfecto.

Mi padre había cerrado la puerta, pero sabía dónde había escondido la llave. Regresé a la cocina y extraje la llave de una taza donde mi madre solía guardar sus paquetes de caramelos favoritos.

Luego volví a deslizarme al exterior. Un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras me dirigía al cobertizo. Podía oír a los animales allí encerrados, gruñendo y gimiendo. Parecía que me estuvieran suplicando que los rescatase.

—Ya voy —susurré.

Pero me aparté de un salto de la puerta cuando oí un nuevo ruido.

Un sordo gruñido. Y luego, el sonido amortiguado de unas pisadas.

Corrían. Corrían veloces hacia mí.

Estaba paralizada. Me quedé sin aliento cuando la enorme criatura apareció por uno de los lados del cobertizo.

Dio un salto en el aire. Me cogió por los hombros.

Y me golpeó con fuerza contra el suelo.



–¡*Georgie!*–grité–. ¡Deja! ¡Déjame!

Meneaba la cola con fuerza. El enorme perro me había dejado clavada en el suelo mientras me lamía la cara. Su cálido aliento me humedecía las mejillas. Me reía demasiado para poder deshacerme de él.

–¡*Georgie...*, quieto! –supliqué–. ¿Estás solo aquí fuera? ¿Es eso lo que te pasa?

Por fin conseguí desembarazarme de él. Me senté y me limpié la espesa baba de las mejillas.

Una luz me cubrió. Me volví hacia la ventana y vi que las luces de la cocina se habían encendido. La puerta trasera se abrió de golpe. Mi padre asomó la cabeza. Se cogió los bajos del pijama con una mano y aguzó la vista. No llevaba puestas las gafas.

–¿*Laura?* –llamó mi padre con una voz espesa por el sueño–. ¿Qué estás haciendo aquí en medio de la noche?

–Vi unas luces –respondí–. En el bosque. Y oí algo como un débil murmullo. Que... quería saber lo que era.

Mi padre se frotó la frente. Su grisáceo cabello asomaba sobre su cabeza.

–Seguramente lo has soñado –dijo, frunciendo el ceño.

–No. Era real –insistí–. Las luces se movían entre los árboles, y...

–Entra en casa –me interrumpió. Me miró fijamente–. No estarías intentando colarte en el cobertizo, ¿verdad?

–No. Claro que no –mentí. Tenía la llave de la puerta fuertemente apretada dentro del puño.

Durante un instante su mirada se volvió gélida. Sentí como si sus ojos se estuvieran clavando en mí.

–Entra en casa –repitió–. No quiero volver a oír hablar de luces en el bosque. Estoy cansado.

Suspiré y entré en casa arrastrando los pies. Me di cuenta de que no valía la pena discutir con él.

Cuando mi padre subió la escalera, volví a dejar la llave en su sitio. Miré por la ventana de la cocina, hacia el cobertizo. Todavía podía oír los lúgubres gritos. De repente supe dónde podría encontrar algunas respuestas: en el hospital de animales.

«Mañana iré a ver a la doctora Carpenter al hospital –decidí–. Sé que ella y papá no se hablan, pero eso no significa que yo no pueda hablar con ella. Ella me dirá la verdad sobre papá. Sé que lo hará.»

Al día siguiente, cuando acabaron las clases, recogí la cartera, me hice camino a través de una marea de niños y corrí hacia la puerta principal del colegio.

El hospital de animales estaba a casi tres kilómetros de allí y quería llegar antes de que la doctora Carpenter acabara su turno.

El dispensario estaba metido en un callejón sin salida al otro lado del bosque. Era un enorme edificio de dos plantas, estucado de blanco con un techo rojo muy inclinado.

Comenzó siendo un pequeño edificio cuadrado y había crecido muy deprisa. Ahora poseía interminables alas, anexos y laboratorios de investigación que se extendían en todas direcciones hacia el bosque.

Por dentro parecía más un hotel antiguo que un hospital. Los largos pasillos parecían doblarse, girar y alargarse sin cesar. Las puertas eran de roble y chirriaban cuando las abrías. Las paredes estaban pintadas de verde oscuro. Una lámpara de araña colgaba sobre la sala de espera amueblada con unos antiguos butacones y sofás de piel oscura.

Al no parecer un hospital de animales, siempre sorprendía oír los ladridos, aullidos y los gorjeos de los pacientes.

Había visto los quirófanos alguna que otra vez cuando visitaba a mi padre. Eran blancos, brillantes y relucían de lo limpios que estaban. Y los laboratorios de investigación también tenían un aire muy moderno y científico.

Mientras me dirigía a la sala de espera, me invadió una oleada de recuerdos. Recordaba muchas visitas a aquel lugar. Y escenas tan desagradables...

Recordaba un adorable cachorro de cocker spaniel de color castaño y blanco que había sido atropellado por un coche. Y un papagayo rojo y azul que tenía atravesada en la garganta una espiga de maíz. Y dos enormes labradores de color canela que comenzaron a gruñir y a pelearse en la sala de espera, dándose dentelladas el uno al otro hasta que la alfombra quedó anegada de sangre.

La sala de espera estaba vacía. Le eché un vistazo al reloj sobre el mostrador de recepción: las cuatro y media pasadas. Una mujer joven estaba sentada detrás del mostrador, archivando carpetas con parsimonia. Le dije que quería ver a la doctora Carpenter y me preguntó el nombre. Descolgó el auricular, pulsó algunos botones y murmuró algo en el receptor. Unos segundos después, la doctora Carpenter apareció en la habitación con su bata blanca de laboratorio ondeando tras ella.

—¡Laura! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó dándome un abrazo—. ¿Cómo estás? ¡Te he echado tanto de menos!

Le devolví el abrazo, reparando en su precioso cabello rubio, sus brillantes ojos verdes que siempre parecían atrapar la luz y su cálida sonrisa. Yo también la echaba de menos.

Recordaba que a veces, cuando estaba enfadada con mi madre, deseaba en secreto que la doctora Carpenter fuera mi madre.

Miré detrás de ella, hacia una moneda de un centavo, otra de diez y otra de veinticinco que estaban encastadas en terciopelo negro y dispuestas en un pequeño marco de plata que colgaba de la pared. Sonreí. Me recordaba el primer día de la doctora Carpenter en el hospital de animales, cuatro años atrás.

*Georgie* se había tragado la chatarra que se me había caído al suelo de la cocina y se puso muy enfermo. La doctora Carpenter lo operó. ¡Fue todo un éxito! Enmarcó la chatarra... porque era de su primer paciente.

La doctora Carpenter se reía y me hizo girar sobre mí misma, como si todavía fuera una niña pequeña.

—Laura, ¿sólo has venido para decirme hola? Dudé por un momento.

—Bueno..., no. —Mi sonrisa se desvaneció—. Realmente quería hablar con usted. Quiero decir, si tiene tiempo.

De repente me puse nerviosa.

¿Podría preguntarle de verdad qué es lo que realmente había pasado con mi padre?'

—Creo que tengo tiempo de sobra —respondió, mostrándome con un gesto la sala de espera—. He pasado mucho tiempo en el laboratorio. Es un poco frustrante, pero es muy importante.

Me pasó un brazo por el hombro y me guió a través de la puerta, a lo largo de un pasillo con puertas cerradas a ambos lados. Su oficina se encontraba al final del pasillo. Con un gesto me in-

dicó que tomara asiento en una butaca azul enfrente de su mesa. Era de cristal, estaba limpia y despejada, a excepción de un teléfono y de una pila de papeles y carpetas. Las paredes estaban cubiertas de fotos enmarcadas de animales, algunos de los que ella había cuidado. La doctora Carpenter se deslizó con delicadeza en su silla y se retiró el cabello hacia la espalda. Luego se inclinó sobre la mesa de cristal y me sonrió.

—Vaya sorpresa —dijo—. Estoy muy contenta de que hayas venido a verme. ¿De qué querías hablar, Laura? ¿Sobre algún chico? ¿Algo de lo que no puedas hablar con tu padre?

Me reí. No estoy segura de qué. Simplemente se me escapó la risa.

—¿Sueles hablar con tu madre? —preguntó la doctora Carpenter. Se acodó en la mesa y descansó la cabeza entre las manos mientras me estudiaba con aquellos intensos ojos verdes—. ¿Qué tal le va?

Me encogí de hombros.

—Me llama una vez por semana y le hago muchas visitas —respondí—. Pero está tan lejos... No es como tener a una madre que siempre está cuando la necesitas... —Mi voz fue perdiendo fuerza.

La doctora Carpenter frunció el ceño.

—Sé lo que quieres decir. Bueno, ¿cómo está Ellen? ¿De quién está enamorada esta semana? —preguntó la doctora entre risas.

—La semana pasada era de Steve, el jugador de tenis. Esta semana..., no estoy segura —respondí riéndome a la vez.

—¿Y qué es de tu vida? ¿Y tu padre? ¿Todavía jugáis al Scrabble? ¿Salís a dar largos paseos por el bosque?

Respiré profundamente.

—Ya casi no jugamos al Scrabble. Apenas hacemos nada juntos últimamente. —De repente tenía la garganta seca. Carraspeé—. Está..., no sé..., diferente.

La doctora Carpenter alzó las cejas.

—¿Diferente? ¿Qué quieres decir? ¿En qué sentido?

—Bueno..., está muy callado y... enfadado. Casi ni me habla. Se... se pasa todo el día solo, trabajando en el cobertizo.

—Hum. No parece muy propio de tu padre. ¿En qué está trabajando? —preguntó la doctora Carpenter.

—No lo sé. No quiere decírmelo —respondí.

La doctora Carpenter alargó la mano por encima de la mesa y me cogió la mía.

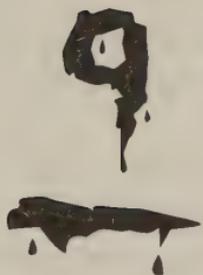
—Laura, probablemente está malhumorado. Dejar un trabajo no es fácil. Tienes que darle tiempo.

Tragué saliva con dificultad.

—Que... quería preguntarle sobre eso. ¿Por qué... por qué lo dejó?

La doctora Carpenter me soltó la mano. Se apoyó hacia atrás en la silla y suspiró.

—Por favor, dígamelo —supliqué—. ¿Por qué mi padre dejó el hospital de animales?



–Tuve que dejarlo ir –respondió finalmente la doctora Carpenter.

Me quedé sin respiración.

–¿Quiere decir... que lo echó?

Se sentó con la espalda recta. Sus mejillas se encendieron.

–Bueno..., no exactamente. Tuve que dejarlo ir porque...

–¿Por qué? –la interrumpí–. ¿Por qué?

Tragó saliva.

–Es difícil de explicar, Laura. Nosotros... teníamos objetivos diferentes. Queríamos llevar la investigación por caminos diferentes.

Dejé escapar un profundo suspiro.

«Objetivos diferentes», pensé. Parecía lógico.

De repente sentí que la tensión abandonaba mi cuerpo. Era genial tener a alguien con quien poder hablar. Supe que haber ido allí había sido un acierto. Me recliné contra la silla.

—¿Qué tipo de trabajo hace mi padre?... —comencé a preguntar, pero sonó el teléfono.

—Lo siento —dijo, señalando con un gesto el teléfono. Descolgó el auricular y habló unos dos o tres minutos por él—. No, no lo bañes —comentaba—. Has de procurar no mojarle el pelo. Lo sé, lo sé. Tienes que aguantar el olor. No. No lo bañes. —Después de unos cuantos minutos colgó el auricular y se levantó—. Lo siento, Laura. Será mejor que vuelva al trabajo. Pero ven cuando quieras. De verdad, lo digo en serio. Te he echado mucho de menos.

Nos despedimos y me fui.

Fuera, unas espesas nubes habían tapado el sol, y el aire se había vuelto frío. Una película de niebla flotaba a ras de suelo.

Visitar a la doctora Carpenter había sido una buena idea. Pero todavía me sentía un poco confundida. No me encontraba más cerca de averiguar por qué mi padre actuaba de aquella manera tan extraña. Cuando llegué a casa, me encaminé hacia el cobertizo. Coloqué la oreja contra la puerta. Silencio. Mi padre no estaba. Tiré con fuerza del picaporte.

—Así no vas a abrirla.

Di un salto hacia atrás sorprendida, cuando vi salir a Joe de entre los árboles.

—Creo que con una llave iría mejor —añadió, soltando una risita.

Me reí. Me alegraba mucho de verlo. Estaba muy guapo con sus anchos tejanos cortos y su camiseta roja.

«Esta vez voy a invitarlo a la fiesta de cumpleaños», decidí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Dando vueltas, ya sabes. Divisé la parte posterior de la casa desde el bosque, pero no sabía que fuese la tuya.

Volvió a reírse y se retiró hacia atrás su largo pelo con ambas manos.

—Deberías haber venido al estanque. He visto una familia de ciervos al completo.

Puse los ojos en blanco.

—Claro. Los ciervos aparecen cuando yo no estoy. No quieren que saque un excelente.

Ambos nos volvimos al oír un gruñido que procedía del bosque. El gruñido de un perro.

*Georgie* avanzó a paso ligero hacia el borde del claro. Se detuvo a poca distancia de nosotros y alzó la cabeza estudiándonos con sus grandes ojos castaños, con suspicacia.

—Hola. ¿De dónde sales, amigo? —preguntó Joe.

—¡*Georgie!* —lo llamé—. ¿Qué estabas haciendo en el bosque?

*Georgie* comenzó a menear la cola. Agachó la cabeza y se encaminó hacia nosotros. Algunas hojas muertas colgaban de su pelaje.

Me acerqué para quitárselas. Luego traté de abrazarlo, pero se echó hacia atrás.

—*Georgie*, ¿qué pasa? —pregunté—. ¿No estás contento de verme?

*Georgie* se acercó a Joe y comenzó a olisquear sus pantalones caqui produciendo unos audibles sonidos de olfateo.

Joe rió y dio un salto hacia atrás.

—¡Quieto! ¡Eso hace cosquillas! ¡Tu perro está chalado, Laura!

Me agaché.

—*Georgie*, ¿qué pasa? Ven aquí.

Apretó su húmedo hocico contra mi brazo y me olisqueó con fuerza. Luego comenzó a husmear las perneras de mis pantalones.

Para mi sorpresa, dejó escapar un gruñido de enfado. Se le erizó el lomo y nos miró con furia. Entonces apartó los labios y enseñó los dientes.

—*Georgie*, ¿estás loco? ¿Qué pasa, bonito? —pregunté, intranquila. Me volví hacia Joe—. Es el perro más pacífico del mundo. De verdad.

Joe dio un paso atrás.

—¡A alguien se le olvidó contárselo!

—Calma —musité a *Georgie*, todavía agachada—. Calma. ¿Qué pasa, bonito? —le pregunté suavemente, apaciguándolo.

Le rechinaron los dientes y comenzó a gruñir. Aterradores y ásperos gruñidos desde lo más profundo de su garganta. Agachó la cabeza con los ojos furiosos, mirándonos.

—Calma... —susurré. De repente sentí que las piernas me fallaban—. *Georgie*..., soy yo..., soy yo...

Me mostró los dientes, *Georgie* abrió la boca y soltó un terrorífico gruñido. Se le erizó el pelo. El cuerpo entero se le tensó... y se dispuso a atacar.



No retrocedí ni me moví. Intenté que no se notara lo asustada que estaba.

*Georgie* se detuvo a unos pasos de mí, mostrándome sus fauces.

—Calma..., calma —susurré—. Buen perro. Eres un buen perro.

Alcé la vista y vi a Joe; tenía el rostro tenso por el miedo. Había retrocedido hasta el límite del claro.

—Laura... —dijo—. Levántate. Aléjate de él.

El perro gruñía con fiereza. Cuando respiraba sus costados se elevaban y descendían, resollando sonoramente. Una blanca baba le caía de la boca abierta.

—Buen perro..., buen chico..., *Georgie*. Soy yo... Soy yo...

No podía estar agachada allí por más tiempo. Me temblaban las piernas. No podía sostenerme. Caí hacia atrás con un grito. Me di un buen golpe

quedando sentada en la hierba. Mis ojos se encontraban prácticamente a la misma altura que los de la amenazadora criatura.

Sus afilados dientes estaban a centímetros de mi cara. Gruesas gotas de baba resbalaban por sus fauces abiertas hasta golpear contra la hierba.

—Por favor... —gemí. Levanté las manos para protegerme del ataque.

Joe vino corriendo.

—¡Fuera de aquí! ¡FUERA! ¡FUERA! —gritó. Movía los brazos frenéticamente y aullaba con todas sus fuerzas.

Sorprendentemente, *Georgie* dejó de gruñir. Miró fijamente a Joe y dejó escapar un lastimoso quejido. Parecía que se deshinchara. Todos sus músculos se relajaron.

Mientras contemplaba atónita la escena, el perro agachó la cabeza, se alejó con la cola entre las patas y las orejas pegadas a la cabeza y se escaulló, entre gemidos.

—¿*Georgie*? ¿*Georgie*? —lo llamé, sin aliento. Me senté en el suelo, paralizada. Tenía la boca tan seca que no podía tragar. Me temblaba todo el cuerpo.

—Nunca antes había actuado de esa forma —dije envolviéndome con los brazos fuertemente, intentando detener el temblor que me recorría el cuerpo.

Joe me ayudó a levantarme.

—¿De verdad era ese tu perro? ¿Qué le pasaba? —preguntó.

–No... no lo sé –contesté–. Quizá... olió algo.  
–¿Olió algo en nosotros? –insistió Joe–. ¿Qué olió?

Sacudí la cabeza. El corazón ya no me martilleaba contra el pecho. Comenzaba a sentirme un poco mejor.

–No lo entiendo –dije–. Quizá olió algo en mis tejanos.

Joe me miró fijamente.

–¿En tus tejanos?

–Quizá olió algo del hospital de animales. Acabo de venir de allí. El hospital siempre pone nervioso a *Georgie*... desde la operación.

Le expliqué la historia de *Georgie* cuando se tragó los treinta y seis centavos.

Joe continuaba examinándome. No dijo nada durante un largo rato mientras pensaba con detenimiento.

–¿Qué hacías en el hospital de animales?

Sacudí una araña de la manga de la camiseta.

–Tienes que prometerme que no se lo dirás a mi padre –le dije.

Joe se rió.

–No conozco a tu padre.

–Vale, pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie –insistí–. Fui allí a ver a alguien. Alguien con quien hablar. Sobre cosas.

Joe asintió. Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

–Espero que tu perro esté bien –dijo finalmente–. Me... me alegro de saber dónde vives.

Emprendió el camino hacia el bosque y luego echó a correr.

«La fiesta –pensé–. Con todo este jaleo sobre *Georgie* he olvidado invitarlo.»

–¡Eh, Joe!... –corrí tras él.

–¡Tengo prisa! –respondió gritando–. Mis padres no soportan que llegue tarde para cenar. ¡Nos vemos luego! –Desapareció en el bosque.

«Ni siquiera tengo su número de teléfono –pensé–. Hay que ser idiota. –Oí un ruido entre las ramas–. ¡Sí! Vuelve –pensé–. Le preguntaré si quiere venir a la fiesta y le pediré su teléfono.»

Esperé, pero Joe no apareció.

Escuché. Primero silencio... y de repente una voz. Una voz masculina.

Caminé hacia el bosque siguiendo el sonido.

Algo había chocado contra el suelo... y me quedé sin aliento. Me acerqué... y vi aquello.

La parte frontal de un jeep pintada de verde y marrón, colores de camuflaje. Se confundía perfectamente con los árboles.

«Un camión del ejército», pensé.

Me acerqué lentamente. Ahora podía ver el vehículo en su totalidad. No era un camión del ejército. Era un enorme jeep cubierto que tiraba de un remolque, también de camuflaje.

El jeep tenía unas enormes ruedas y un pesado parachoques. Estaba aparcado en el camino que doblaba hacia el estanque Luker. El remolque era casi tan grande como una caravana; la parte superior asomaba entre los árboles.

Me acerqué cautelosamente. La puerta del conductor estaba obstruida por un tronco de árbol, así que no pude ver si había alguien dentro.

Mientras me acercaba pude oír un sordo *bum, bum*.

Sin saber qué hacer, pegué la espalda contra un árbol.

*Bum, buuum.*

Algo dentro del remolque estaba golpeando las paredes. O dándoles patadas. Un animal.

Contuve la respiración cuando oí el chillido. Un grito de dolor.

*Bum, buuum.*

Un nuevo golpe y un nuevo grito agónico.

Me detuve a escuchar la lucha de la criatura.

¿Por qué estaba aquel vehículo allí, en medio del bosque? ¿Y por qué había allí un animal aullando dentro?



Di un rodeo hasta la parte posterior del remolque... y vi a dos hombres. Ambos llevaban un mono azul con peto y una camisa azul cielo. Estaban sentados en una gran roca, charlando y comiendo unos enormes bocadillos.

Uno de ellos se aplastó un tábano en la cabeza. Estaba completamente calvo. Su compañero era un hombre obeso. Llevaba una gorra azul de béisbol sobre un largo y ralo cabello cobrizo.

Me dirigía hacia ellos para saber qué llevaban en el camión cuando me percaté de los rifles, apoyados contra el tronco de un árbol detrás de ellos.

Retrocedí. Un escalofrío me recorrió la espalda. No era época de caza. ¿Por qué llevarían aquellos rifles?

*BUUUM.*

Lo que había en el camión dio una fuerte patada.

«Esto no me gusta», me dije.

Me escondí detrás de un ancho tronco para que no me vieran. Me apreté contra la áspera corteza y escuché lo que decían.

—¿Por qué cazamos estas cosas? —preguntó el calvo.

—Ni idea. Quizá el jefe quiera poner un zoo —replicó su compañero.

Contuve el aliento.

—Termina de comer —dijo el gordo—. Tenemos que sacar esto de aquí antes de que le haga un agujero al remolque.

—Si alguien nos viera, sería un poco complicado de explicar —corroboró su compañero.

—¡Eh, te quedaría muy bien el gris de la cárcel! —contestó el otro, riéndose.

¡La cárcel! Estaban haciendo algo ilegal.

Se pusieron en pie.

«Por favor, abrid el remolque —pensé—. Abridlo para que pueda ver qué hay dentro.»

Los observé desde detrás del árbol.

No abrieron el remolque. Recogieron sus rifles y los metieron en el jeep. Subieron a él y se fueron. Esperé hasta que estuvieron lejos de mi vista para volver a casa.

Mi cabeza bullía con todo lo que había visto durante los últimos días. Los pájaros, los murciélagos, el horrible dedo, las luces titilantes... y ahora aquellos hombres.

Suponía que las luces debían de ser las del camión, y que los hombres debían de haber espantado a los pájaros y a los murciélagos.

«Tengo que hablar con papá –pensé–. Tengo que contarle lo de los hombres y los rifles.»

Corrí durante todo el camino hasta el patio trasero. A mitad de camino comencé a gritar:

–¿Papá?! ¡¿Estás en casa?! ¡¿Papá?!

Entré en tromba en la casa.

–¿Papá?

Ninguna respuesta.

Ninguna nota en la nevera.

Giré sobre mí misma y me dirigí hacia el cobertizo. Aporree la puerta con el puño.

–¿Papá? ¡Soy yo! ¡Ábreme!

Silencio.

–¿Papá?

Así el picaporte de la puerta y comencé a tirar de él.

–¡Oh! –me quedé sin aliento cuando oí un fuerte *clic*. Justo sobre mi cabeza. Miré hacia arriba... y vi la cámara. Una pequeña cámara negra sobre la puerta. Del estilo de las cámaras de seguridad que tienen en los bancos y en los supermercados.

Volvió a hacer un *clic*.

«Esto es enfermizo –pensé–, totalmente enfermizo. No puedo creer que mi padre haya instalado ahí una cámara. Ha perdido la noción de la realidad.»

Intenté sofocar un sollozo y me alejé de la puerta del cobertizo.

«No aguanto más –pensé–. Tengo que ver qué hay dentro.»

Volví corriendo a la casa. Encontré la llave en la taza de la cocina y me la llevé fuera.

Me detuve en la puerta del cobertizo.

«¿Debería hacer esto?»

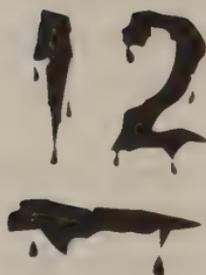
La llave me temblaba en la mano. Me alejé de la puerta.

*Clic.*

Una oleada de desazón me invadió mientras la cámara iba tomando fotos una y otra vez.

Abrí la puerta. Respiré hondamente.

Y entré en el cobertizo.



—¡Puaj! —El fuerte olor a alcohol y a otros productos químicos hirió mi olfato. Encendí la luz del techo y miré a mi alrededor.

¿Dónde estaban los animales? La pared posterior estaba repleta de jaulas hasta el techo, pero estaban todas vacías, muchas de ellas con las puertas abiertas.

Me acerqué a la mesa de trabajo. Uno de los lados estaba atiborrado de probetas y botellas. Un tubo interminable, lleno de un líquido rojo y brillante, serpenteaba por encima de la mesa como una pajita en forma de espiral e iba a morir dentro de una gran probeta.

Las agujas hipodérmicas descansaban desperdigadas por el resto de la mesa. Grandes y pequeñas. Algunas vacías. Otras llenas de un líquido rosa.

En uno de los rincones, zumbaba con un ruido sordo un generador eléctrico. Había platos de

metal apilados encima de él. Un juego de herramientas abierto rebosaba de llaves inglesas y alicates. Al lado de éste se encontraba el escritorio de mi padre, y detrás, cajas llenas de libros y papeles, una encima de otra, de tres en tres, contra la pared.

Mis ojos vagaban de un lado a otro de la habitación. No había nada raro.

Me acerqué al escritorio y vi un cuaderno azul en el centro. Una lámpara lo iluminaba. Me incliné sobre el escritorio para estudiar el cuaderno con detenimiento.

«¿Contendrá los secretos de papá? ¿Será la grabación de lo que papá está llevando a cabo?»

Las manos me temblaban mientras lo abría. Las páginas estaban llenas de fórmulas impresas en tinta roja y azul.

Tras un largo párrafo había sido escrita la palabra «fracaso» en mayúsculas. Tras otro inacabable párrafo había sido escrita la palabra «muerto» en rojo.

«Los animales no responden.» En la página siguiente se había subrayado esa frase.

Y entonces leí las escalofriantes palabras: «Si los matamos, aprenderemos más. ¿Cuántos podríamos matar?»

—¡Oh! —gemí. Aquellas palabras me hicieron sentir mareada.

«Papá está matando animales. Esto es demasiado, demasiado para mí.»

Salí del cobertizo y cerré la puerta de golpe.

—Tengo que salir de aquí —dije en alto—. Tengo que ir a algún lugar tranquilo y silencioso. Donde pueda pensar.

Un colibrí revoloteaba sobre un alto junquillo que se balanceaba en el estanque. Alcé la cámara. El colibrí se precipitó hacia el agua.

*Clic.* Apreté el disparador. Volví a bajar la cámara que llevaba al cuello y observé al colibrí revolotear sobre el agua.

Las nubes se arrastraron hasta tapar el sol que se ponía, proyectando alargadas sombras vespertinas a través de los árboles. Cada pocos minutos sentía frías gotas de lluvia sobre la cabeza y los hombros.

Pero no me importaba. Tenía que volver al bosque. Tenía que estar allí, donde me sentía como en casa, en paz, en calma total, rodeada de árboles, y contemplando el triste brillo del agua. Allí podía respirar profundamente y pensar.

Me di media vuelta y vi que las altas y gruesas hojas de los helechos se agitaban en la parte opuesta del estanque.

«Debe de ser un animal», pensé.

Me llevé la cámara a la cara.

«Vamos —rogué en silencio—. Muéstrate. Tengo que acabar el trabajo.»

Contuve el aliento cuando un mapache asomó por entre las hojas del helecho.

No esperé a que hiciera todo el camino hasta el agua. Disparé una vez. Dos.

«Lo tengo.»

Mi humor empezó a cambiar.

Pero entonces oí unas voces detrás de mí. Me volví dando unos pasos hacia los sonidos... y de nuevo vi el *jeep* y el remolque.

Los dos hombres andaban por el camino, delante del camión. Llevaban los rifles al hombro. Cogí la cámara y muy despacio me la llevé a la cara.

«Les sacaré unas fotos –decidí– y se las enseñaré a la doctora Carpenter.»

Salí del camino y dirigí la cámara hacia los dos hombres. Saqué dos fotografías rápidas. El chasquido del disparador resonó en el silencioso bosque.

Los hombres se volvieron rápidamente. Uno de ellos me señaló.

–¡Eh! –gritó.

Sabía que si salía corriendo me darían alcance. Tenía que hablar con ellos.

–Hola –dije, intentando parecer tranquila–. ¿Qué tal? –comencé a caminar hacia el *jeep* y el remolque.

*Bum, bum, bum.*

Los hombres se miraron y no contestaron. El gordo se llevó una mano a la gorra y me escrutó.

–¿Vives por aquí cerca? ¿Cómo es que estás en el bosque? –preguntó. Tenía una voz áspera y ronca, como si tuviera la garganta seca o como si hubiera fumado mucho.

–No hace buen tiempo para estar en el bosque –añadió su compañero fríamente. Sus ojos grises plateados me recordaban el hielo.

—Estoy... trabajando en un proyecto de ciencias —dije. La mano me temblaba cuando la alcé para mostrarles la cámara.

Ambos fijaron sus miradas en la cámara.

—¿A qué le haces fotos? —preguntó el calvo.

—A las plantas y los animales —contesté.

*Buuuuuum, buuum.*

—¿Qué clase de animales? —volvió a preguntar el calvo frunciendo el ceño.

—Los animales que se acercan al estanque —repliqué—. Ya sabe: ardillas, conejos, mapaches...

Ambos asintieron.

Miré los rifles que llevaban al hombro. Sabían lo que estaba mirando, pero no dijeron nada.

—¿Vienes mucho al bosque? —preguntó finalmente el de la gorra de béisbol.

—Sí. A veces —asentí.

—¿Has visto algo raro? —indagó.

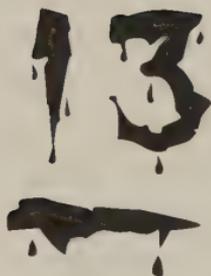
—No. Nada —contesté. Me moría de ganas de preguntarles qué estaban haciendo, y qué llevaban en el remolque.

Pero antes de que pudiera hacer ninguna otra pregunta se pusieron los rifles en la cintura y vinieron hacia mí, con sus fríos ojos y con una dura expresión en el rostro.

Se movieron rápido, empuñando los rifles, acercándose rápidamente.

No me hubiera servido de nada echar a correr.

—¿Qué... qué van a hacer? —susurré.



—Será mejor que nos des la cámara —dijo el calvo, mirándome fijamente.

—¿Cómo? —respondí sorprendida.

—Que nos des el carrete —insistió—, si no te importa.

—¡Sí que me importa! —grité.

Pero su compañero se movió con rapidez. Asió la cámara y me la descolgó del cuello.

—¡Devuélvame! —grité—. ¡La necesito! ¡Es mía!

Intenté arrebatársela, pero no pude. Abrió la cámara y sacó el carrete. Extrajo la película de un tirón exponiéndola a la luz y echándola a perder. Luego me devolvió la cámara.

—No tienen derecho a hacer esto —protesté, enfadada.

Dieron media vuelta y regresaron al *jeep* con los rifles a la cintura.

—¿Qué llevan en el camión? —les pregunté, gritando—. ¿Qué es lo que da tantas patadas ahí dentro?

Intercambiaron una mirada. El calvo se llevó el rifle al hombro.

—Un ciervo —contestó su compañero.

—Sí, un ciervo —repitió el calvo, con un destello en los ojos grises—. Llevamos un ciervo enfermo ahí dentro.

—Y... los rifles... —se me escapó.

—Son escopetas de dardos tranquilizantes —respondió el de la gorra.

—Llevamos el ciervo a que lo curen —dijo el calvo—. Está bastante mal. Algo extraño está pasando por aquí.

—Deberías no pisar el bosque durante un tiempo —me avisó su compañero— y tampoco deberías hacer fotos. Es peligroso.

¿Me estaba amenazando?

Observé cómo subían al jeep. El calvo encendió el motor y el *jeep* rugió exhalando una nube de humo negro hacia las copas de los árboles. Luego desaparecieron mientras el remolque iba tambaleándose detrás.

Me quedé en el camino, tratando de calmarme. Apreté los puños.

—Esos dos canallas son unos mentirosos —dije en voz alta.

«Aquello no era un ciervo enfermo. ¿Cómo iba a dar esas patadas un ciervo enfermo si le habían puesto un tranquilizante? Esos hombres mienten.»

Salté sobre una irregular piedra blanca y comencé a caminar hacia casa. Había dado tan sólo

unos pasos cuando vi una pequeña criatura, medio escondida entre una espesa mata de hierba.

Parecía un cerdito recién nacido. Tenía unos pequeños ojos negros redondos y un gracioso hocico rosa.

«No puede ser un lechón –pensé–. No hay cerdos en este bosque.»

Me agaché para observarlo más de cerca.

–¿Eres un jabalí? ¡Debes de ser una especie de jabalí enano!

La pequeña criatura emitió un chillido... y saltó a mi mano.

Dejé escapar un grito de sorpresa. Casi lo dejo caer. Estaba sentado en la palma de mi mano, mirándome con aquellos graciosos y pequeños ojos negros.

–Vaya, eres muy confiado –le dije. Alcé la mano para estudiarlo con detenimiento–. Me alegro de que no tengas miedo de mí. Ojalá tuviera algo que darte de comer.

Ladeó su redonda cabeza hacia un lado, como si me hubiera entendido. Volvió a chillar, arrugó el hocico rosa y abrió la boca. Me quedé helada cuando vi dos filas de afilados y puntiagudos dientes.

«Tengo que hacerle una foto –pensé–. Pero no tengo otro carrete. Creo que me lo llevaré a casa y le sacaré una foto allí.»

Volvió a saltar, esta vez sobre mi hombro.

Un segundo después sentí una aguda punzada de dolor en el cuello.

–¡Ayyy! –exclamé cuando la criatura me clavó los dientes en el cuello—. ¡Eh!... ¡Ayyy! –Lo agarré por el lomo y forcejeé para sacármelo de encima.

Pero el dolor me detuvo.

El dolor..., el dolor...

Me derrumbé.

¡Los dientes habían entrado tan adentro... y estaban tan aferrados... que si hubiera intentado tirar de la criatura, me hubiera arrancado un trozo de cuello!

–¡Nooo! –gemí, asiendo al animal, tirando de él, luchando por sacármelo de encima.

Un cálido líquido me corría cuello abajo. ¡Mi propia sangre!

Oí el sonido de unos lametones. Chupaba y lamía.

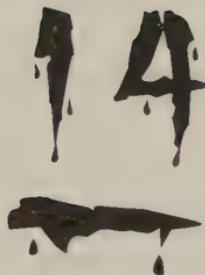
El dolor era punzante.

La sangre fluía cuello abajo.

Los afilados dientes me mordían y se hundían con fuerza.

Sus lametazos y chupetones se hicieron más rápidos. Frenéticos.

«Está bebiendo... –me di cuenta–; está bebiendo mi sangre.»



Al agarrar el pequeño cerdito, sentí que comenzaba a inflarse. Tenía la barriga hinchada y oía el líquido recorriendo sus tripas.

¡Mi sangre!

–¡NOOOO! –Abrí la boca para emitir un grito de terror.

La criatura bebía, insaciable, succionando con fuerza, cortándome la piel con los dientes.

Volví a gritar otra vez. Y otra.

Caí de rodillas y me empecé a sentir débil..., muy débil...

Y entonces oí un grito y los crujidos de unas ramas. Mi padre apareció de entre los árboles con una mirada furiosa en el rostro contraído por el terror. Me vio en el suelo y se quedó boquiabierto al percibir la criatura en mi cuello.

–¡No te muevas! ¡No te muevas! –gritó.

Se lanzó a mi lado, en el suelo, y alargó las manos hacia la criatura.

—¡No tires de ella! —aullé—. ¡Me abrirá un agujero!...

Mi padre apretaba los dientes mientras trataba de abrir la mandíbula del animal. Su rostro enrojeció.

—¡Sííí! —gritó finalmente.

Cayó hacia atrás. Vi cómo la criatura saltaba de sus manos y se escurría entre las altas hierbas.

El dolor todavía me punzaba en el cuello. Me lo toqué y sentí cómo la sangre me chorreaba por la piel.

—¿Estás bien? ¿Laura? ¿Estás bien? —repetía mi padre. Se agachó a mi lado y me apartó las manos de la herida para poder verla bien.

—No... no sé —susurré.

—Ssst. —Mi padre sacó un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón y me lo acercó—. Apriétalo contra la herida. Pronto parará de sangrar.

Mantuve el pañuelo contra el cuello mientras mi padre me ayudaba a levantarme.

—Uf —murmuré, sacudiendo la cabeza. Me sentía mareada—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué era eso?

Mi padre agitó la cabeza.

—No lo he podido ver bien —dijo—, estaba muy ocupado abriéndole la mandíbula... Y luego se ha esfumado. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. El dolor remite. —Dejé escapar un profundo suspiro—. Pero ha sido todo muy extraño —dije, recordando al pequeño animal saltar sobre mi mano y acto seguido lanzarse sobre mi cuello—. No sólo me mordió, me estaba chu-

pando la sangre. –Temblé–. Me chupaba la sangre como si fuera un vampiro.

–Déjame ver ese cuello. –Mi padre retiró el pañuelo empapado y examinó la herida–. No me gusta la pinta que tiene. –Su semblante parecía preocupado–. Tenemos que ir a ver al doctor Davis ahora mismo.

El doctor Davis nos hizo pasar a su oficina inmediatamente. Es un hombre bajito, regordete, con una silueta en forma de huevo y con una pequeña cabeza. Me recuerda a un avestruz.

–Laura... ¿qué ha pasado? –me preguntó conduciéndome hacia la mesa de observación.

–La ha mordido algo –dijo mi padre–, una ardilla pequeña, quizá. Pero no estoy seguro. Es difícil de explicar porque, fuera lo que fuese, había perdido el pelo.

Miré a mi padre con fijeza por encima del hombro del médico.

¿Por qué mentía? Era imposible que fuera una ardilla. ¿Por qué no le decía al doctor Davis que era un extraño cerdito?

El doctor Davis me examinó la herida.

–Puede haber sido un animal enfermo. Quizá rabioso –dijo lentamente–. ¿Parecía que tuviera la rabia? –preguntó el doctor.

–Lo siento –contestó mi padre–, escapó corriendo. No lo sé.

–La vacuna contra la rabia es muy dolorosa –explicó el doctor Davis–. Enviaré una muestra de

tu sangre al laboratorio antes de ponerte una inyección. Mañana por la mañana, a más tardar, tendré los resultados. Mientras tanto, te daré una receta para unos antibióticos muy fuertes. Empieza a tomarlos enseguida.

La rabia. Se me encogió el estómago.

«Por favor, que las pruebas de sangre salgan bien», pensé.

Observé cómo el doctor Davis preparaba una aguja e hilo para coser la herida. Cerré los ojos y me imaginé el animal que me había mordido. Vi su cuerpo rosado, su hocico de cerdito.

«No era una ardilla –pensé–. Definitivamente, no era una ardilla.»

Poco después, mi padre y yo cruzamos el aparcamiento para coger el coche.

–¿Qué pinta tiene? –pregunté–. ¿Me parezco a Frankenstein?

Mi padre pasó sus dedos suavemente por mi cuello.

–La cicatriz casi no se notará –respondió–. Te picará un tiempo, pero trata de no rascarte, ¿vale?

–Sí, claro –murmuré.

–¿Tienes algún síntoma? –me preguntó al llegar al coche–. ¿Te sientes mareada o extraña?

Sacudí la cabeza.

–No, me siento bien.

Subí al coche y esperé a que se sentara al volante. El doctor Davis me había dado algunos calmantes, pero la herida todavía me dolía.

–Papá, ¿por qué le dijiste al doctor que fue una ardilla? –le pregunté–. No parecía una ardilla.

Encendió el motor y salió del aparcamiento.

–No pude verlo con claridad. Y sin el pelo es difícil adivinar qué era.

–Pero parecía un cerdito –repliqué–. Tenía hocico. No se parecía en nada a una ardilla. ¿Por qué no le dijiste que se parecía a un cerdito?

Mi padre se volvió hacia mí.

–Es más sencillo así, Laura. Eso es todo. No importa. Cuando tengamos los análisis ya sabremos qué hay que hacer.

Tragué saliva y miré a través de la ventanilla. Permanecimos en silencio durante un rato.

–Odio tener que decirlo, pero tengo un poco de miedo de volver al bosque –confesé.

–No te preocupes por eso –respondió mi padre–. No irás al bosque en una larga temporada.

Me quedé boquiabierta de la sorpresa.

–¿Cómo? ¿Por qué no?

–¿Por qué no? –Mi padre alzó las cejas–. ¡Eres tú la que dice ver cerdos vampiros! ¿Crees que ahora el bosque es un sitio seguro?

–Pero..., pero... –empecé a protestar.

–¿Pero qué, Laura? –Meneó la cabeza–. No sabemos lo que te mordió. Fuera lo que fuese, puede que tenga la rabia y eso es peligroso. ¿No es una razón suficiente?

Me di cuenta de que no valía la pena insistir. Me di la vuelta y miré a través de la ventanilla el resto del viaje.

Tan pronto como llegamos a casa, corrí hacia mi cuarto y cerré la puerta de un golpe. Me tiré boca abajo en la cama y hundí la cara en la almohada.

«Tengo que ir al bosque –pensé–. No puede impedírmelo. ¡No puede!»

Un poco después oí la voz de mi padre en el cuarto de abajo. Estaba hablando con alguien por teléfono. Me levanté de la cama y entorné la puerta.

–Parece que está bien –dijo.

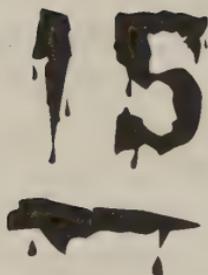
¿Con quién hablaría? ¿Con el doctor Davis?

–Mañana por la mañana tendremos los análisis de sangre –siguió diciendo.

No. No era el doctor Davis.

Anduve hasta el comienzo de la escalera. Ahora podía escuchar mejor a mi padre. Pude oír lo que dijo a continuación..., las palabras más crueles e hirientes que he escuchado en toda mi vida.

–¿Puedes quedarte con Laura una temporada? Un viaje a Chicago la ayudaría. Tengo que sacarla de aquí.



Llamé a Ellen inmediatamente y le supliqué, con voz trémula, que viniera enseguida.

Stevie Palmer y ella se habían reconciliado y tenía que ir a montar con él y con otra pareja en bicicleta, pero les diría que se fueran sin ella.

Unos minutos después apareció. La empujé hacia mi cuarto.

—Laura, ¿qué pasa? —preguntó, dejándose caer en el borde de la cama—. Parecías tan rara por teléfono...

—Es mi padre. ¡Me envía fuera de aquí! —grité—. Le... le oí decirlo por teléfono. A mi madre. Le preguntó si se podía quedar conmigo. Dijo... dijo que me tenía que sacar de aquí.

Ellen se puso en pie de un salto.

—No lo creo —dijo meneando la cabeza—. No puede deshacerse de ti así. ¿Qué le pasa?

—No... no lo sé —respondí temblando—. Quizá sea por el animal que me atacó.

Le conté a Ellen el episodio del pequeño cerdito y le enseñé el cuello.

—Madre mía —dijo sin aliento—. ¿Te duele?

—No, pero mi padre dijo que no puedo volver al bosque nunca más. Piensa que es peligroso —contesté pasándome los dedos sobre los puntos—. Y luego llamó a mi madre... y... —Dejé escapar un sollozo—. ¿Cómo puede hacerme esto? —Sollocé—. Quiere deshacerse de mí. Llamó a mi madre sin ni siquiera consultarlo conmigo. ¿Cómo ha podido, Ellen? Ya no le importo.

Ellen atravesó la habitación y me abrazó.

—Claro que le importas —dijo—, está preocupado porque un animal te ha atacado. Sólo quiere que estés a salvo. Por eso llamó a tu madre. Pero no lo dice en serio. Nunca te enviaría lejos de él.

—Lo dijo en serio —insistí—, muy en serio, Ellen. Quiere deshacerse de mí.

Exhalé un profundo suspiro... y el pensamiento que me asaltó hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—Ya sé por qué está haciendo esto. Ha visto la película de la cámara del cobertizo. Vio que había estado allí.

—Uau. Despacio. —Ellen alzó una mano—. ¿Tu padre tiene una cámara en el cobertizo?

Asentí.

—¿Y tú entraste? ¿Qué había? —preguntó.

—Sus instrumentos y esas cosas; nada más —le dije. No quería contarle lo del diario que había encontrado. No sabía si mi padre estaba matando

animales o no y no quería decirle nada a Ellen hasta estar segura.

—¿Qué hay de los animales? ¿Y del que oímos aullar? —inquirió.

—No había animales. No sé qué pasaría con ellos —respondí.

Me estiré en la cama.

—No voy a ir a Chicago. ¡No, señor! —exclamé.

La barbilla de Ellen comenzó a temblar.

—Espero que no —susurró. Me di cuenta de que también estaba muy afligida. Pero entonces una sonrisa iluminó su cara—. ¡Al menos, no hasta después de mi fiesta de cumpleaños!

Nos reímos. Siempre sabe cómo hacerme reír.

—Tengo que hacer que cambie de opinión —dije—. Y la única manera es averiguando qué es lo que le hace comportarse de esa manera tan extraña. Si sólo...

Me detuve cuando oí un agudo grito que procedía del exterior. Ambas nos volvimos hacia la ventana.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ellen.

Se oyó un terrorífico aullido. Un escalofriante aullido de dolor.

Y luego un sonido diferente.

Un animal chilló.

Me abalancé hacia la ventana para mirar en la oscuridad.

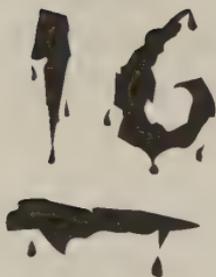
Una enorme figura se precipitó hacia el bosque. Vi cómo se alejaba corriendo a cuatro patas. Tenía la envergadura de un enorme perro.

Cuando llegó al borde del bosque se detuvo...  
y me quedé sin aliento. Se irguió. Se mantuvo so-  
bre dos patas... y se arrojó entre los árboles.

Barrí con la mirada el patio trasero...

Y en el suelo..., en el suelo..., sobre uno de sus  
costados...

—¡*Georgie!*—grité—. ¡Oh, no! ¡*Georgie!*



Ellen y yo salimos de la habitación y bajamos la escalera a toda prisa. Abrí de golpe la puerta de la cocina y atravesé el patio.

—*¡Georgie!* ¿Estás bien? —exclamé.

El pobre perro yacía de costado gimoteando. Movía espasmódicamente las patas mientras su pecho subía y bajaba sin descanso.

—*¿Georgie? ¿Georgie?*

Me agaché a su lado y comencé a acariciarle la cabeza. Los ojos le daban vueltas y la lengua le caía flácida de la boca.

—Ohhh. Mira. Su pata —gimió Ellen—. Ohhh. Qué horror.

Dirigí la vista hacia donde miraba. La pata de *Georgie*... ¡Oh!... ¡La pata de *Georgie*!...

La criatura prácticamente se la había desgarrado. Le había arrancado la piel. Le colgaban jirones de carne mientras la sangre fluía hacia la hierba. Se le distinguían las venas palpitantes y un

hueso blanquecino asomaba en medio de aquella masa informe.

La respiración se me congeló en el pecho. No pude evitarlo y me empezaron a dar arcadas. Sentí cómo la comida trepaba por mi garganta e hice un esfuerzo para contenerme.

Me obligué a volverme para no ver aquella horripilante herida.

—*Georgie* —murmuré acariciándole suavemente la cabeza—, te pondrás bien. Te pondrás bien.

El perro se estremeció, demasiado débil para levantar la cabeza de la hierba.

Alcé la vista cuando vi correr a Ellen. Traía a mi padre y señalaba ansiosamente hacia *Georgie*.

—¡Lo han atacado! —le grité a mi padre—. Su pata... está muy mal.

Mi padre se quedó boquiabierto cuando vio la pata desgarrada de aquella manera.

—Está perdiendo mucha sangre. Detendré la hemorragia. —Se quitó la camiseta y la hizo jirones—. Laura, entra en casa y tráeme vendas —dijo mientras envolvía la pata de *Georgie* con uno de los jirones—. Será mejor que lo llevemos a un veterinario..., rápido. Va a necesitar que le intervengan esta pata.

Mi padre y yo llevamos a *Georgie* a la furgoneta y lo pusimos con delicadeza en el asiento trasero. Nos miraba con sus enormes ojos oscuros y no se movía. Estábamos empapados de sangre.

—Te llamaré luego —le dije a Ellen. Subí a la furgoneta al lado de mi padre.

–Espero que se ponga bien –contestó Ellen, moviendo tristemente la cabeza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas–. ¡Llámame!

Mientras mi padre conducía la furgoneta hacia la carretera, *Georgie* gemía detrás de nosotros.

–Creo que he visto el animal que atacó a *Georgie* –dije.

–¿Qué era? –Mi padre mantenía los ojos en la carretera.

–Bueno, no estoy segura. Estaba demasiado oscuro para ver con claridad. Pero era más o menos de la envergadura de *Georgie*... –expliqué.

–Bueno, puede ser cualquier cosa –me interrumpió mi padre.

–Lo sé –contesté–, pero lo extraño es que corría sobre cuatro patas, y luego se detuvo, se irguió y cuando siguió corriendo hacia el bosque lo hizo sobre dos patas.

Mi padre tragó con dificultad.

–¿Sobre dos patas? –No apartaba los ojos de la carretera.

–Sí. ¿No es muy raro?

No contestó.

Miré por la ventanilla. Casi todas las casas que pasábamos estaban a oscuras. *Georgie* sollozaba en el asiento trasero.

–¡Un momento! –grité–. ¡Este no es el camino al hospital de animales! ¡Papá!... ¡Da la vuelta!

–No vamos al hospital de animales –contestó, evitando mi mirada.

–Pero..., pero... –balbuceé.

–Hay un sitio muy bueno en Walker Falls –continuó–. Conozco a los médicos de allí. Ellos...

–¿Walker Falls? ¡Pero eso está a dos pueblos de aquí! –chillé.

–Es un buen sitio –insistió mi padre–, son expertos en este tipo de cirugía.

–Pero papá...

Finalmente se volvió hacia mí. Para mi sorpresa, sus ojos eran fríos. Su expresión se había endurecido.

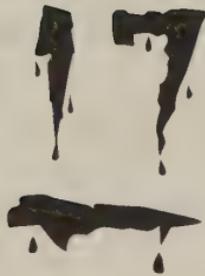
–No discutas conmigo, Laura. Sé lo que estoy haciendo.

–Muy bien –suspiré. Me volví y miré a través de la ventanilla.

Pasamos el resto del trayecto en silencio.

Mi padre no iba a ir al hospital de animales, ni siquiera para una emergencia como aquella.

«¿Por qué no quiere ir allí? –me pregunté–. ¿Qué habrá hecho para no poder volver a mirar a la cara a la doctora Carpenter? ¿Qué cosa tan terrible habrá hecho?»



Tuvimos que dejar a *Georgie* en el hospital. El veterinario le lavó y le cosió la herida, pero no estaba seguro de que pudiera salvarle la pata; sólo cabía esperar.

Una vez en casa no pude dormir. Estuve dando vueltas toda la noche pensando en *Georgie* y en el extraño animal que lo atacó. Estaban pasando tantas cosas extrañas en el bosque...

Tenía que averiguar qué estaba pasando. Y no podía hacerlo desde Chicago.

De repente, toda mi vida parecía fuera de control. Tenía miedo de la cosa que más quería: el bosque, y estaba muy enfadada con mi padre porque no confiaba en mí y porque quería alejarme de allí.

Me di cuenta de que también le temía a él. Ya no reconocía a mi propio padre. Tenía miedo de lo que pudiera hacer.

Después del colegio fui corriendo al hospital de animales.

La doctora Carpenter me saludó en la sala de espera. Parecía muy ocupada. Dos bolsas oscuras le asomaban bajo los ojos y su rubio cabello estaba desmadejado.

Antes de ni siquiera poder decirle hola, señaló la herida del cuello.

—Laura, ¿qué te ha pasado? ¿Te ha mordido *Georgie*?

—No. Me... me mordió un... —No sabía qué decir. No sabía qué me había mordido.

—¿Qué te mordió? —preguntó la doctora Carpenter.

—Bueno, parecía un cerdito pequeño. Con unos dientes muy afilados —dije, dejando escapar un risita nerviosa—. Ya sé que suena extraño...

—¿Dónde estaba el cerdito? —volvió a preguntar la doctora—. ¿Dónde estabas cuando te mordió?

—En el bosque —contesté.

—Un cerdito con dientes afilados corriendo por el bosque. Suena raro, ¿verdad? —La doctora Carpenter frunció el ceño—. ¿Qué piensa tu padre de todo esto?

Dejé escapar un suspiro.

—No lo sé. Le dijo al doctor Davis que fue una ardilla. Sólo le dijo eso porque era más sencillo que explicarle lo que realmente parecía.

—Ah. ¿Tu padre también lo vio? —se interesó.

—Eso creo —contesté.

La doctora Carpenter se acercó para estudiar la herida con mayor detenimiento. Pasó sus dedos, suavemente, alrededor de los puntos.

–Es horroroso –musitó. Alzó la mirada–. ¿Te puso el médico una inyección contra la rabia o algún tipo de antibiótico?

–He recogido los análisis de sangre esta mañana. Al parecer no necesito una inyección contra la rabia –expliqué–, y me dio antibióticos. –Entonces di un respingo–. Oh, no. Mi padre fue a buscar las pastillas, pero se le olvidó dármelas.

La doctora Carpenter me pasó el brazo por los hombros.

–No te preocupes. La herida no parece infectada, pero está un poco inflamada. Te pondré una inyección para bajar la inflamación.

Había olvidado que la doctora Carpenter también era médico aparte de veterinaria.

–Vale, pero creo que primero debería consultarlo con mi padre –contesté.

–Te diré qué vamos a hacer –respondió la doctora Carpenter–, voy a llamar a tu padre ahora y le pediré permiso, ¿vale?

–Bueno..., sí –acepté–. Gracias, doctora Carpenter.

Desapareció durante unos minutos dejándome en la sala de espera. Cuando volvió, en el rostro se le dibujaba una sonrisa.

–Se ha disculpado por olvidarse de las pastillas, Laura. Ha dicho que sería una buena idea ponerte la inyección ahora mismo.

—Vale. De acuerdo —asentí. Intentaba parecer valiente. ¡Odio las inyecciones!

Se dirigió hacia el laboratorio. Una vez allí, sacó algunos frascos de un armarito y preparó la inyección.

—¿Cómo... cómo estaba mi padre cuando habló con él? —le pregunté.

—Bien. —Me miró fijamente—. Bueno, quizá un poco cansado. ¿Por qué? ¿No se encuentra bien?

—No. No. Está bien..., creo... —contesté.

—¿Todavía está triste por haber dejado el hospital de animales? —preguntó.

—Yo... no creo que sea eso —dije.

—¿Qué es entonces, Laura? ¿Qué es lo que te preocupa? —La doctora Carpenter se sentó en un taburete a mi lado.

—Tengo la sensación de que pasó algo aquí antes de que mi padre se marchara. Algo malo. —Dejé escapar un profundo suspiro.

—¿Algo malo? —volvió a preguntar la doctora Carpenter—. ¿Qué es lo que te hace pensar eso?

No quería hablarle de *Georgie*. Si le contaba que mi padre se había negado a ir allí, se sentiría un poco ofendida.

Pero no tenía elección.

—A *Georgie* lo atacaron anoche y mi padre lo llevó a Walker Falls, pero podría haber venido aquí —dije de un tirón.

La doctora Carpenter no contestó, sólo asintió con la cabeza.

—¿Sabe por qué no quiso venir aquí? —le pregunté.

No dijo nada. En vez de eso, se levantó, me frotó el brazo con un algodón empapado en alcohol y levantó la aguja.

—¡Ay! —Intenté no gritar mientras me la clavaba, pero no pude evitarlo.

La doctora Carpenter frunció el ceño.

—No ha sido tan malo, ¿no? —Apretó un trozo de algodón contra el brazo—. Esto ayudará a bajar la inflamación.

Me dio una pastilla verde, un antibiótico para llevarme. Puso el resto de pastillas en un pequeño frasco de plástico y me lo alargó.

—Asegúrate de tomarte una cada mañana.

Cogí el frasco.

—Pero... ¿qué es lo que iba a decir de mi padre? —pregunté.

Suspiró.

—Laura, si tu padre no quiere contarte lo que pasó, yo no soy quién para hacerlo. Creo que tiene que ser él quien te lo diga. —Se alisó la bata—. ¿Por qué no vuelves mañana? Te miraré los puntos y podremos charlar otro ratito.

—Vale —contesté. Me encaminé hacia la puerta—. Gracias.

—Laura... —me llamó la doctora Carpenter—, quizá deberías dejar de ir al bosque durante un tiempo.

La miré fijamente. ¡Estaba diciéndome lo mismo que mi padre!

«Ni hablar –pensé–. No voy a quedarme en casa. Tengo demasiadas preguntas. Y ninguna respuesta.»

Por la tarde me senté en el patio trasero a hacer los deberes. Me apoyé en un árbol para leer mi libro de inglés. No me importaba hacer los deberes si podía sentarme fuera.

–¡Hola! ¿Qué tal? –Joe se acercaba por el jardín.

–¡Hola! –Dejé el libro en la hierba y sonreí. Joe llevaba unos tejanos negros con una camiseta gris, ¡y estaba muy guapo!

–¿Cómo está tu perro? –preguntó.

–Sigue en el hospital –contesté levantándome–. El veterinario lo operó anoche. Todavía no sabemos si le podrá salvar la pata.

Joe se quedó boquiabierto.

–¿Cómo? ¿Tu perro está en el hospital?

–¿No me preguntabas por eso? –dije.

Sacudió la cabeza.

–La última vez que te vi, tu perro casi te ataca. ¿Recuerdas?

–Ah, ya. –Habían pasado tantas cosas desde entonces... Le conté el terrible ataque que *Georgie* había sufrido.

Joe se quedó sin aliento.

–Quieres decir... ¿que tendrán que cortarle la pata? –preguntó mientras se retorció un mechón de pelo entre los dedos–. Lo siento –murmuró–, eso sí que son malas noticias.

–Lo sé –contesté–, pero también tengo buenas noticias. –Tomé aliento–. Voy a organizar una fiesta de cumpleaños para mi amiga Ellen el sábado. ¿Quieres venir?

Ya estaba, por fin lo había dicho.

Joe dudó un instante.

–Sí, claro –dijo–, genial.

«¡Espera a que le cuente a Ellen que vienes a la fiesta! –pensé–. ¡Qué emocionante!»

–¿Por qué no coges la cámara? –dijo–. Vamos a dar una vuelta por el estanque.

–¡Genial! –Segundos después, Joe y yo nos encaminábamos hacia el estanque.

Al principio estaba nerviosa en el bosque, pero no vimos nada fuera de lo corriente y era realmente agradable pasar el rato con Joe.

Nos sentamos al lado del estanque y hablamos largo y tendido. No vi animales que fotografiar, pero tampoco presté mucha atención. Antes de que nos diésemos cuenta, ya era la hora de cenar.

–Nos vemos el sábado. –Joe se levantó y comenzó a alejarse. Luego se volvió–. Espero que tu perro vuelva pronto a casa.

–Gracias –contesté. Observé cómo se iba, pisando las altas hierbas del camino.

«Debería haberle preguntado dónde vive –decidí–. Tengo que recordarlo la próxima vez.»

Entonces tuve una idea.

«Lo seguiré hasta su casa.»

Di la vuelta y comencé a correr por el camino. Podía oír las pisadas de Joe un poco más adelante.

Disminuí el ritmo. No quería que me sorprendiera siguiéndolo.

El camino daba un giro y Joe apareció en mi campo visual. Caminaba deprisa, golpeando, con una vara recogida del suelo, los troncos de árboles que pasaba.

El camino serpenteaba a través de viejos árboles de pobladas copas que se doblaban hasta el suelo. Las gruesas hojas bloqueaban el sol de media tarde y dejaban el bosque en la penumbra.

Me mantuve alejada de Joe, observándolo bajo la luz tenue. Él iba al trote, moviéndose con rapidez entre las cada vez más profundas sombras.

Conseguí llegar al final de los árboles, pero había perdido a Joe.

Miré el camino. No había huellas de él. Me volví y barrí con los ojos el claro de mi derecha. Nada.

Una pared de roca se erguía a mi izquierda. Era tan alta como yo. ¿Habría trepado por allí? ¿Dónde se habría metido?

—Me rindo —musité. Di la vuelta y me encaminé hacia el estanque. Pero de repente creí ver algo en el claro.

Me acerqué lentamente. Y me di cuenta de que era una especie de cabaña. Un pequeño refugio, no más alto que una tienda de campaña.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —llamé.

No obtuve respuesta.

Seguí el camino a través de las altas hierbas y me acerqué. Las paredes estaban construidas con

ramas entrelazadas y atadas con una cuerda. Habían usado palos y gruesas hojas para rellenar los agujeros que las ramas no cubrían.

—¿Hay alguien ahí? —insistí tras un momento.  
Silencio.

Me incliné hacia delante y metí la cabeza a través de una abertura en la pared de hojas. Estaba oscuro, pero algunos rayos se filtraban a través del techo formando círculos de luz en el suelo.

Clavé la mirada en uno de los círculos... y me quedé helada al ver aquello: dos peludos y correosos dedos en el suelo de la cabaña.

Y a su lado..., a su lado..., un pequeño montón de huesos..., huesos de animales. La mayoría estaban limpios. Pero algunos todavía tenían jirones de carne y pelo colgando de ellos.

Y en la esquina..., apiladas en una esquina, cabezas de animales. Incluso con aquella luz tenue las distinguí con claridad. Apiladas una encima de otra. Cabezas de conejos, de ardillas, un par de mapaches con los vidriosos y vacíos ojos mirándome.

—¡Nooo! —grité sin darme cuenta.

«¿Qué clase de criatura vive aquí? ¿Qué clase de bestia construye su propio refugio y guarda animales muertos dentro?»

El refugio entero se tambaleó cuando saqué la cabeza. Me fui corriendo. Los huesos, las cabezas y los ojos acuosos se mezclaban en mi cabeza.

Di la vuelta y eché a correr. Corrí a través del claro. Estaba a medio camino de los árboles cuando oí el rugido detrás de mí.

El rugido de un motor.

Me volví... y vi el *jeep* atravesar el claro en mi dirección mientras el remolque daba fuertes tumbos detrás.

—¡PAREN! —grité agitando las manos.

Pero el *jeep* aumentó la velocidad.

—¡PAREN! —Di media vuelta y comencé a correr como alma que lleva el diablo.

El motor rugía. El *jeep* se abría paso entre los árboles pequeños y las ramas mientras me seguía. Detrás, el remolque se balanceaba de un lado a otro, con tal fuerza que creí que iba a volcar.

«¡Quieren atropellarme! —pensé—. ¡No van a parar!»

Salté sobre una gran piedra roma y seguí corriendo. Pero el *jeep* me pisaba los talones. Crucé el camino, agaché la cabeza y corrí.

No recordé la pared de piedra hasta que fue demasiado tarde.

No tenía tiempo para trepar por ella. Tampoco para correr hacia el otro lado.

Estaba atrapada. Atrapada contra la pared.

Me volví y vi cómo el *jeep* se dirigía hacia mí.

«Me van a aplastar», pensé.

Cerré los ojos, apreté los dientes y tensé todos los músculos.

Y escuché el frenazo de los neumáticos cuando el *jeep* dio un brusco giro.

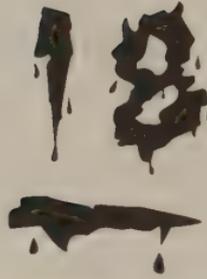
Abrí los ojos y observé que se había detenido a unos pasos de mí. Miré al conductor cuando este sacó la cabeza por la ventanilla.

Asomó la cabeza... y lo reconocí. Me quedé sin aliento.

-¡Oh, nooo! ¡Tú! ¡Eres TÚ!

No lo podía creer. ¿Cómo podía ser?

-¡Papá! -grité-. ¿Qué... qué estás haciendo aquí?



Corrí hacia el jeep.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí? —grité.

Sus gafas brillaron con la luz de media tarde. No podía verle los ojos. Tenía un aspecto amenazador. Tenía la cara encendida.

—Entra —gruñó.

—Papá..., contéstame —dije.

—Entra —repitió, enfadado—. Te dije que no volvieras al bosque.

Lo miré. Su expresión era tan fría y tan colérica que casi no lo reconocí.

—Voy a llevarte a casa —dijo—. Sube ahora mismo.

—No hasta que me des una explicación —insistí—. ¿Qué lleváis en el remolque? ¿Qué estás haciendo aquí, papá?

Emitió un nuevo gruñido. Entonces abrió la puerta de golpe y bajó del jeep.

Me agarró del brazo y comenzó a tirar de mí.

—Sube, Laura. No tengo tiempo para esto.

–¡Ay! ¡Me haces daño! –grité. Traté de zafarme de él.

Aflojó la presión y me arrastró hasta el jeep.

«Está totalmente cambiado –pensé–. No es la misma persona. ¡Se ha convertido en una especie de monstruo!»

Me obligó a subir al asiento del acompañante y cerró la puerta de golpe.

Temblaba de pies a cabeza. Me envolví entre mis brazos para detener el temblor.

«¿Qué está pasando? –pensé–. Tengo miedo. Miedo de mi propio padre...»

La semana pasó despacio. No me encontraba muy bien. Me sentía cansada y débil, como si tuviera la gripe. La herida del cuello todavía me provocaba punzadas de dolor.

Mi padre no volvió a hablar de enviarme junto a mi madre. Se me hacía un nudo en el estómago esperando a que dijera algo sobre el tema. Pero nunca lo sacó a colación.

Aguardaba ansiosa la fiesta de cumpleaños de Ellen y me pasé la semana planeándola. Quería que fuera una gran fiesta... para Ellen y para mí también. Necesitaba algo que me alegrara.

Cuando me desperté el sábado, el día de la fiesta, lo primero que hice fue correr hacia la ventana. ¡Sí! Iba a hacer buen día. Soleado y caluroso. El aire era fresco y dulce. Los verdes árboles del bosque brillaban como esmeraldas. Era el día perfecto para una fiesta.

El azul es el color favorito de Ellen. Así que después de desayunar, salí fuera y cubrí el patio trasero de serpentinas y de docenas de globos azules. Arrastré la mesa del picnic al centro del jardín y lo cubrí con un mantel azul.

¡Incluso tenía azúcar glaseado azul para el pastel de cumpleaños!

Cuando llegó Ellen, no podía creer aquello.

—Es impresionante, Laura. ¡Impresionante! —exclamó. Me dio un abrazo y luego se apresuró a hablar con dos chicos que acababan de llegar.

Hasta el último minuto, Ellen había añadido gente a la lista de invitados para luego cambiar de opinión y descartarlos.

Al final invité a toda la clase.

Encendí el reproductor de cedés y saqué bandejas de pizza. Habían venido unas veinte personas. Reían, se divertían y comían.

Ellen, rodeada de chicos, me hizo un gesto de aprobación elevando sus pulgares. Estaba disfrutando de la fiesta.

«¿Dónde está Joe?», me preguntaba. Esperaba que llegara. Me moría por presentarle a Ellen.

Comprobé que hubiera suficiente Coca-Cola y espanté algunas moscas del pastel de cumpleaños. Cuando alcé la vista de la mesa, vi que mi padre cruzaba el jardín dirigiéndose al cobertizo. Tenía una expresión taciturna. Andaba cabizbajo y no pareció darse cuenta de la gente a su alrededor.

—Papá..., ¿quieres un poco de pizza? —le pregunté.

Hizo un gesto de negación con la mano. Luego desapareció dentro del cobertizo, cerrando la puerta rápidamente tras él.

Volví a la fiesta. No quería pensar en mi padre. Sí, me había dado permiso para organizar la fiesta en el patio trasero.

—Asegúrate de que nadie se acerca al bosque —me dijo con obstinación—. Lo digo en serio, Laura. Nadie.

Suspiré recordando mis fiestas de cumpleaños cuando era pequeña. Mi padre siempre las amenizaba. Escondía cosas en los árboles y debajo de las piedras. A veces, incluso flotaban en el riachuelo.

«Papá era muy divertido en aquel tiempo», pensé.

Miré tristemente hacia el cobertizo. Luego, sacudiéndome esos pensamientos, volví a la fiesta.

—¡Es el momento de cortar el pastel! —grité por encima de la música—. Eh, ¿quién quiere pastel de cumpleaños?

Unos cuantos muchachos deambulaban alrededor de la mesa. Algunas chicas bailaban en medio del jardín. Un grupo de chicos jugaban con el *frisbee*.

—¡Eh, Ellen!... ¡Ven a cortar tu pastel! —grité. La busqué con la mirada—. ¿Ha visto alguien a Ellen? —pregunté.

Algunos chicos se volvieron, tratando de ayudarme a buscarla.

—Se ha ido con Stevie —dijo un chico.

—¿Cómo? ¿Adónde? —pregunté.

El chico señaló hacia los árboles.

—Los vi encaminarse hacia el bosque.

—Oh, no —gemí. ¡Si mi padre descubría que habían ido al bosque, se acabaría la fiesta!

Tenía que traerlos de vuelta..., de prisa.

Atravesé el patio corriendo.

—¡Volveré enseguida! —dije. Me dirigí al camino y comencé a llamarlos cuando entré en el bosque—: ¿Ellen? ¿Stevie?

No obtuve respuesta.

Seguí el camino a través de las altas hierbas, sorteé un tronco caído.

—¿Ellen? ¿Stevie? ¿Dónde estáis?

Recorrí todo el camino hasta el estanque y volví hacia atrás.

«¿Cómo puede hacerme esto? —me pregunté, enfadada—. ¿Es que no sabe en qué lío me está metiendo?»

Deambulé y los llamé a gritos, enojada.

—¿Stevie? ¿Ellen? —Miraba fijamente entre los árboles—. ¿Estáis ahí?

Ninguna respuesta.

Un pájaro chirrió. Un sonido áspero y desagradable, como si se hubiera atragantado con algo.

—Eh, ¡si os estáis escondiendo, no tiene ninguna gracia! —grité.

Oí unas pisadas. Pisadas rápidas entre los árboles, a mi espalda.

Me volví.

-¿Ellen? ¿Stevie? ¿Sois vosotros?

*Grrr, grrr.* Gruñidos de animal. Muy cerca. Me quedé paralizada, sin respiración.

*Grrr.* Un largo y grave gruñido.

Y luego un chillido escalofriante. Un grito horripilante..., como de animal herido.

Corrí hacia el sonido.

El corazón me latía a toda velocidad; corrí de árbol en árbol, buscando frenéticamente, asustada de lo que pudiera encontrar.

Enfrente vi unos matorrales que se agitaban. Un rojo destello entre el verdor. Luego oí un largo y sordo desgarró. Me recordó el sonido que produce una cinta doble de velcro al separarla.

El corazón dejó de latirme cuando me acerqué a los matorrales.

Escuché un gemido, tenue y débil.

Y entonces me detuve cuando oí masticar. El chasquido de los huesos al quebrarse.

Masticar..., masticar..., masticar...

No pude soportarlo más.

Tenía que ver qué había detrás de los matorrales.

Con el corazón desbocado, di la vuelta a las matas, miré al suelo... y abrí la boca en un interminable grito.

Un ciervo estaba tumbado sobre un costado entre las altas hierbas. Le habían arrancado la cabeza. La cabeza yacía erguida unos cuantos pasos más allá del cuerpo. Me miraba sin ver con un ojo. El otro había desaparecido.

Habían despedazado el cuerpo por completo. Algunos pálidos huesos blancos y la brillante carne roja asomaban a través de la desgarrada piel. Un enjambre de moscas zumbaba alrededor de las heridas.

—Está... está medio comido —dije sin aliento.

Observé el ciervo con terror. La mayor parte de las entrañas habían sido destripadas y devoradas. La piel colgaba inerte, como una bolsa vacía.

—Oh, Dios —gemí, dándome la vuelta—. Qué horror.

«¿Qué clase de animal ha hecho esto? No hay osos en el bosque. Así que ¿qué es lo suficientemente grande y fuerte... y está lo bastante hambriento... para hacer esto?

»¿Y si no hubiera estado el ciervo? —pensé—. Estaba cerca de él.

»¿Me hubiera encontrado a mí en vez de a él? ¿Me hubiera destripado y devorado?»

Todo mi cuerpo se agitó en un violento escalofrío. Me alejé del cadáver del ciervo. Y entonces me di cuenta de que Ellen y Stevie todavía estaban ahí fuera. Tenía que encontrarlos. Tenía que asegurarme de que estaban bien.

Bordeé de nuevo los matorrales y encontré el camino que doblaba hacia el estanque.

Lo comencé a seguir cuando oí de nuevo unas pisadas. Dando un chillido de terror me volví... y vi que un hombre se me acercaba, corriendo. Sus gafas brillaron con la luz.

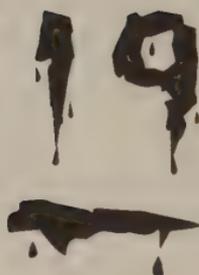
—¡Papá! —grité—. Papá, ¿qué estás...?

No acabé la frase.

Mientras se acercaba lo observé aterrada. Tenía la ropa manchada de sangre.

Sangre roja..., brillante y fresca...

Mi padre... estaba... estaba cubierto de sangre...



–Sangre –musité.

Retrocedí un paso con el cuerpo atezado por el miedo. Mi padre estaba encorvado enfrente de mí, resoplando.

–Me lo prometiste, Laura. Me prometiste que te quedarías en el patio.

–Pero papá... –objeté–. Esa sangre... ¿Qué es esa sangre?

Miró hacia abajo, como si viera la sangre por primera vez. Se quedó mirándola un momento.

–Te oí gritar –dijo finalmente–. Yo... lo dejé todo y vine corriendo.

La sangre le manchaba ambas manos. Vi una gota que le oscurecía la barbilla.

–Me parece que he chocado contra una rama –dijo–. Creo... creo que me ha arañado el pecho. No sé, no me paré a mirar. Pensaba que estabas en peligro.

Nos miramos fijamente. No podía apartar los ojos de aquella brillante y roja sangre todavía fresca. Todavía tan fresca.

¿Creí su historia?

Quería creerla, de verdad. Pero recordé el diario del cobertizo. «Si los matamos, aprenderemos más. ¿Cuántos podemos matar?»

¿Habría mi padre matado el ciervo?

«No..., no..., por favor..., ¡no!»

Se quitó las gafas y las limpió en los pantalones. Me miró fijamente.

—¿Estás bien? Ese chillido... ¿Estás herida?

Negué con la cabeza.

—No. Un ciervo. Oí que alguna clase de animal atacaba a un ciervo. Me asusté.

Observé a mi padre.

«Él no podría haberlo hecho. Él no hubiera podido arrancarle de aquella manera la cabeza al ciervo. Él no hubiera podido —me dije—. De ninguna manera. Ni hablar.»

Ellen, Stevie y el resto nos estaban esperando y volví al patio. Mi padre entró en casa mientras todo el mundo se agolpaba a mi alrededor, hablando al mismo tiempo, sonriendo, aliviados.

—Laura, ¿adónde fuiste? —preguntó Ellen—. Te oímos chillar y... nos asustamos.

—¿Adónde fuisteis vosotros? —repliqué—. Os fui a buscar...

—Stevie y yo estábamos en el garaje —repuso Ellen—. Estábamos buscando otro *frisbee*.

—Alguien me dijo que estabais en el bosque  
—respondí suspirando.

—¿Podemos cortar ya el pastel? —vociferó un chico.

Todo el mundo se rió.

Cortamos el pastel de cumpleaños. Se había quedado un poco deshecho y pastoso por haber estado tanto tiempo fuera.

La fiesta se acabó temprano. Ya nadie estaba de humor.

—Lo siento mucho —me disculpé con Ellen por enésima vez mientras se marchaba con Stevie y otros dos chicos—. No... no debería haber entrado en el bosque.

Ellen me dio un abrazo.

—De todas formas, ha sido una gran fiesta. Ah, olvidé decírtelo. Joe ha estado aquí.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Apareció justo cuando te metiste en el bosque. Pero como no estabas, se fue. No está mal. Un poco tímido, pero no está mal.

¡Estaba tan decepcionada!...

«¿Por qué no se quedaría? Ah, buèno, al menos por fin había conocido a Ellen.»

Después de que se fuera todo el mundo, recogí algunos platos y vasos de papel y los llevé a casa. Pero no pude acabar de limpiar. Estaba demasiado preocupada. Y confundida. La doctora Carpenter dijo que podía volver y hablar con ella cuando quisiera... y aquello era justo lo que iba a hacer.

La doctora Carpenter sabía algo sobre mi padre. Mi padre. Algo que no quería decirme. Pero me lo iba a decir; tenía que saberlo.

Salí corriendo por la puerta trasera dejando que la mosquitera golpeará al cerrarse. Cogí la bicicleta y comencé a pedalear con fuerza, encaminándome hacia el hospital de animales.

«Espero que esté allí. Necesito su ayuda.»

Unos minutos más tarde bajé de la bici, dejándola caer sobre el césped. Corrí hacia el interior del edificio.

No había nadie en recepción. Oí una radio al final del pasillo. Unos cuantos perros ladraban.

—¿Hola? —llamé.

No obtuve respuesta, así que me dirigí a la oficina principal. Abrí la puerta.

—¿Doctora Carpenter?

Las luces estaban encendidas. Había una taza de café y un panecillo a medio comer en el escritorio. Pero ninguna señal de ella.

«No me voy a ir sin respuestas —me dije—. No puedo vivir con todas estas incógnitas sobre mi padre. Le tengo miedo. No puedo tener miedo de mi propio padre.»

Crucé la habitación hacia la pared de los archivadores de carpetas.

Eché una mirada a la puerta. Ninguna señal de la doctora Carpenter.

Me dirigí hacia el archivador. Tras unos segundos encontré uno marcado como «Informes de empleados».

«¡Sí!», pensé.

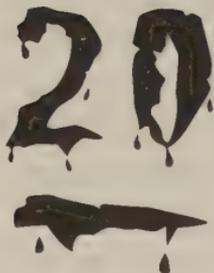
Lo abrí. El archivador estaba lleno a rebosar. La mano me temblaba mientras pasaba las carpetas en busca de la de mi padre.

Al fin encontré la carpeta con su nombre. La saqué... y la abrí.

Vacía. La carpeta estaba completamente vacía. Alguien había sacado todos los informes. Me resbaló de las manos y me agaché a recogerla.

Oí una voz sorprendida que procedía de la puerta.

-¡Laura! ¿Qué estás haciendo?



Me puse en pie de un salto.

—¡Doctora Carpenter! —dije sin aliento—. Lo... lo siento.

Su dorado cabello relucía bajo las luces del techo. Sus verdes ojos se entornaron, examinándome.

—¿Qué estás haciendo aquí, Laura? ¿Qué estás buscando?

No le escondí nada. Le dije todo lo que me preocupaba.

Le conté lo del encierro de mi padre en el cobertizo día tras día, lo de la cámara sobre la puerta, lo de los extraños aullidos y gritos de los animales de dentro del cobertizo, lo de la sangre. Le conté que pensaba que mi padre estaba matando animales.

—Estoy... estoy tan preocupada por él, doctora Carpenter —dije, incapaz de que no me temblara la voz—. Estoy preocupada. Le tengo miedo. Y...

quiere deshacerse de mí. ¿Puede creerlo? ¿Puede creer que vaya a enviarme fuera?

Me miró fijamente.

—Vaya —murmuró—. Qué pena. No lo creo, Laura. Imposible. Tu padre es un buen hombre, aunque él...

—¿Aunque qué? ¿Qué está haciendo? —grité—. ¿Lo sabe? ¿Por qué dejó este trabajo? ¡Tiene que decírmelo! ¡Tiene que hacerlo!

Suspiró y se acomodó en la silla del escritorio. Me hizo un gesto para que me sentara enfrente de ella.

—Está bien. Ya que estás tan preocupada, te explicaré lo que ocurrió —dijo al fin—. Pero no es una historia agradable, Laura.

Me senté rígida con las manos frías y sudorosas, firmes sobre mi regazo. Y me dispuse a escuchar la historia de mi padre.

—Tu padre y yo trabajábamos en una importante investigación genética con animales. Pero comencé a sospechar que tu padre quería ir demasiado lejos. Se obsesionó. Trabajaba en la investigación día y noche y, después de un tiempo, ya no me quiso hacer partícipe de sus investigaciones. Guardaba muchos secretos.

»Empecé a sospechar que estaba llevando el trabajo hacia una dirección diferente. Pensé que quizá estuviera haciendo experimentos crueles con los animales.

Yo escuchaba atentamente, tratando de entender qué era lo que me estaba explicando.

—¿Qué tipo de trabajo realizaba? —pregunté—. ¿Qué es lo que investigaba?

—Estábamos intentando entender cómo se podían manipular los genes para luchar contra los virus. Estudiando los patrones genéticos de los animales, esperábamos cambiar los genes y prevenir enfermedades..., no sólo en animales, sino también en personas. ¿Entiendes lo que te digo? —me preguntó.

—Creo que sí —asentí—. Y si los animales tuvieran genes que pudieran luchar contra los virus, entonces vosotros podríais averiguar cómo crear genes antivirales en los humanos —deduje.

—¡Exacto! —exclamó la doctora Carpenter—. Hubiera sido emocionante. ¡Un milagro de la medicina! —Se reclinó contra el respaldo—. Pero tu padre comenzó a llevar las cosas demasiado lejos. Escuchaba horribles aullidos que procedían del laboratorio. No me decía qué estaba haciendo. Era demasiado perturbador —dijo, dejando escapar un profundo suspiro.

»Tu padre y yo nos peleamos por eso —continuó—. Hablamos sobre su marcha, pero prometió que lo dejaría. Entonces, un día que buscaba algunas de mis notas descubrí que habían desaparecido. Nadie sabía dónde guardaba las notas. Nadie excepto tu padre.

»Fue terrible. ¿Cómo iba a trabajar con alguien en el que no podía confiar? Así que tuve que pedirle a tu padre que se fuera. Fue muy triste, pero no tuve elección.

La cabeza me daba vueltas, cerré los ojos para pensar en todo lo que la doctora Carpenter me había explicado. Y me imaginé aquel pequeño y escalofriante animal del cobertizo. El que mi padre estaba pinchando con aquella enorme aguja.

Podía ver a mi padre clavando la desmedida aguja en el indefenso animal. Y supe que todo era cierto...

Me levanté de un salto. Di media vuelta y salí corriendo de la habitación y del hospital. Ni siquiera recuerdo si le di las gracias a la doctora Carpenter, o si le dije adiós o lo que fuera.

Me subí a la bici y salí disparada de allí mientras horribles pensamientos iban dando vueltas en mi cabeza, girando como un tornado. Me dirigí al bosque. Pasé más o menos una hora deambulando entre los árboles. Siempre me había sosegado estar allí, pero aquella vez no.

No volví a casa hasta después de la hora de cenar. Mi padre se había encerrado en el cobertizo. Me alegré. No quería verlo.

No tenía hambre, pero me hice un bocadillo y me lo llevé a la habitación. Descolgué el teléfono para llamar a Ellen un par de veces. Pero cada vez que lo descolgaba, cambiaba de opinión.

¿Qué podría decirle?

Me fui a la cama un poco después de las once y caí en un profundo sueño sin sueños. Un largo aullido me despertó pocas horas después. Procedía del exterior. Me senté, me froté los ojos y me despegué el pelo de la nuca empapada en sudor.

Salté de la cama y me acerqué a la ventana, cuando un nuevo aullido..., un aullido de dolor..., provino del bosque.

Cadenas de oscuras nubes corrían furtivas sobre la luna. Los árboles se estremecían y balanceaban con la fuerte brisa.

«¿Qué es lo que está pasando ahí fuera?», me pregunté.

Me vestí de prisa, cogí una linterna y caminé de puntillas hasta el recibidor. Oí que mi padre roncaba ligeramente cuando pasé por su puerta.

Eché un vistazo al reloj de la cocina mientras me encaminaba hacia la puerta trasera. Eran casi las tres de la mañana.

Dirigiendo el haz de la linterna al suelo delante de mí, crucé el patio trasero y me metí en el bosque. La luna aparecía y desaparecía detrás de oscilantes hileras de nubes. Un denso rocío hacía que todo reluciera como la plata.

¡AUUUUUUUUU!

Me volví hacia donde procedía el aullido. La luz seguía barriendo los árboles. Salí del camino y me dirigí hacia el sonido.

¡AUUUUUUU!

Tan cerca... El sonido estaba tan cerca...

Tenía el vello erizado. De repente, sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Las manos me temblaban y la linterna estuvo a punto de caérseme.

Oí cómo se cerraba una puerta de golpe. Dirigí la luz a través de los árboles. Pasó por encima del *jeep* y el remolque.

Contuve la respiración. Me obligué a parar de temblar y me acerqué.

Escondida tras un árbol, eché una mirada hacia la ventanilla del conductor. No había nadie. El *jeep* estaba vacío.

Oí un pesado *bum*, seguido de otro largo y agónico aullido que procedía de dentro del remolque.

Me acerqué aún más, moviendo la luz de un lado a otro.

No había nadie alrededor.

Imaginé que los hombres deberían estar fuera, cazando otros animales.

«¿Qué deben de llevar ahí? Definitivamente no es un ciervo. Voy a averiguarlo —decidí—. No voy a marcharme hasta que lo descubra.»

*¡AUUUUUU!*

El aullido creció en intensidad y desesperación. ¿Sabría la criatura que había alguien cerca?

La luz barrió la parte posterior del remolque hasta que localicé un largo y plateado cerrojo en la puerta de atrás.

Respiré hondo, bajé la luz, alargué la mano hasta el cerrojo y lo empujé con fuerza.

Se movió hacia arriba con facilidad y las puertas traseras comenzaron a abrirse.

*¡AUUUUUU!*

El largo y triste aullido me dio la bienvenida, junto con un olor amargo.

Alcé la luz y apunté dentro del remolque, hacia el animal atado, sentado en el suelo.

Abrí la boca para dejar escapar un grito... pero no pude emitir sonido alguno.

¿Era aquello un animal? ¿Era una criatura viviente de verdad?

—¡Ooohhh! —Un aterrado gemido escapó de mi garganta. La linterna me tembló en la mano. La cogí con ambas manos para mantenerla estable.

Y miré...

Miré paralizada y asombrada la horrorosa criatura que me devolvía la mirada. Su cuerpo era enorme y con forma de cerdo. Pero tenía brazos y piernas humanos. Su piel era de color crema, pero estaba arrugada y curtida.

Y su cara...

Alcé el haz de luz, que tembló sobre su cara.

Su cara..., tan horrorosa..., tan extraña...

La cara de un cerdo, redonda y sin pelo. Un hocico y dos dientes largos que se curvaban sobre la barbilla. Orejas puntiagudas de cerdo. Pero sus ojos..., eran humanos..., y tenían una mirada tan triste...

Abrió la boca y volvió a aullar. Se agitó y tiró de las gruesas cuerdas que lo sujetaban al suelo. Mirándome con esos tristes y acuosos ojos, como suplicando, empujó su enorme cuerpo contra la pared del remolque. Se lanzó de nuevo contra un lado. Otra vez. Su seboso cuerpo se agitaba como un flan.

—No —susurré—. No.

Bajé la luz y retrocedí. Alcancé la puerta. Dirigí la luz hacia la criatura una vez más. Me estremecí.

Mitad cerdo, mitad humano. ¿Creaba mi padre aquellas bestias? ¿Es lo que estaba haciendo en secreto?

La doctora Carpenter me había dicho la verdad. Mi padre estaba llevando a cabo su propia investigación, sus propios y aterradores experimentos.

Empujé la puerta. Tenía el cerrojo en la mano cuando oí unas voces.

Di la vuelta y vi a dos hombres que salían de entre los árboles. Los mismos hombres que encontré en el bosque.

Círculos de luz barrían el suelo, precediéndolos. Ambos izaron sus linternas hacia mi cara. Emitieron gritos de enfado y sorpresa.

Alcé las manos para cubrirme los ojos.

—¿Lo habrá visto? —preguntó el calvo.

—Sí —contestó su compañero.

El calvo dejó escapar un grave gruñido.

—Cógela —ordenó—. No la dejes escapar.

# 21

La linterna se me escurrió de la mano. Me aparté de las luces que apuntaban a mi cara.

—Ha visto demasiado —dijo uno de ellos—. No la dejes escapar.

Comencé a correr.

¡AUUUUUU! La criatura del remolque aullaba y se lanzó contra uno de los costados, haciendo balancear el remolque.

Eché una ojeada hacia atrás para ver si los dos hombres me seguían. Sus luces bailaban en el suelo mientras corrían.

Bajé la cabeza para esquivar una rama baja y me lancé hacia una mata de hierbas altas. Intenté correr más rápido mientras sus furiosos gritos resonaban en mis oídos. Tan cerca..., estaban tan cerca...

Me di cuenta de que no podría correr más que ellos, y de que no encontraría un buen escondrijo.

Mis pies resbalaron en un charco de barro húmedo. Aterricé de golpe y caí de espaldas.

Oí cómo uno de los hombres se reía. Las luces de sus linternas pasearon sobre mí.

Me levanté con esfuerzo. Agarré una rama de árbol caída... y la blandí hacia ellos sin ver.

Oí cómo hacía un ruido sordo contra el suelo.

Los hombres callaron, corriendo hacia mí. Acercándose.

Me dolía un costado. La espalda me punzaba del dolor de la caída.

«Van a cogerme –concluí–. No puedo permitirlo. Tengo que llegar hasta la doctora Carpenter. Tengo que contarle lo de la criatura. Si puedo llegar hasta ella, quizá podamos detener a papá. Juntas podemos hacer que todo esto se acabe.»

Me arrastré sobre un montículo de piedras llanas y me escondí tras una fila de altos árboles.

–¿Dónde está? –oí preguntar a uno de los hombres–. ¡Detente! ¡Tan sólo queremos hablar contigo!

«Mentiroso.»

Me acurruqué en la oscuridad, a salvo, tras un enorme árbol. Pero segundos después oí sus crujientes pisadas, que se acercaban.

Bajé la cabeza y me abalancé hacia un ancho claro.

Error. Un terrible error. No tenía dónde esconderme.

–¡Ahí está! –oí decir a uno de los hombres–. Ya la tengo.

Vi cómo se movían las luces al otro lado de los arbustos. Empecé a correr a través de las altas hierbas, pero tropecé con algo. Algo grande y blando.

Me agaché para ver lo que era.

—¡Ahhh! —gemí cuando me di cuenta de que estaba inclinada sobre el ciervo muerto. El ciervo destripado y medio devorado.

El olor a carne podrida se elevó hasta mi nariz, mareándome.

Jirones de piel colgaban inermes sobre los restos de los huesos.

Alcé la mirada y vi que las luces se acercaban. Los hombres corrían hacia mí, abriéndose camino por entre los árboles.

Me darían alcance en segundos.

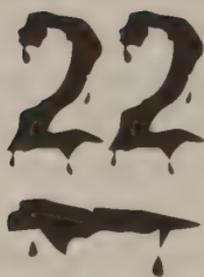
«¿Dónde puedo esconderme? No hay árboles, ni rocas, ni arbustos en el claro. ¿Dónde puedo esconderme?»

Respiré hondo.

Agarré un colgajo de la piel del ciervo y tiré de él. Era pesada y estaba húmeda.

El agrio olor me bañó por completo. Contuve la respiración para no vomitar.

Tiré del colgajo de piel tanto como dio de sí. Y me metí dentro del ciervo.



La húmeda piel del ciervo se batía contra mi cuerpo. Cuando me encorvé, las pútridas entrañas se aplastaron contra las rodillas de mis tejanos. Los huesos se me clavaban en el costado.

Tensé la piel a mi alrededor, pero estaba resbaladiza y tuve problemas para agarrarla.

Las moscas zumbaban sobre mí. Podía sentir las húmedas entrañas empapando mi ropa.

Cerré los ojos y aguanté en tensión, cubierta por la piel de ciervo. Me picaba la nuca. Algo húmedo y chorreante cayó sobre mi frente.

Me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo el tiempo. El pecho estaba a punto de estallarme. Tenía que respirar. El denso y amargo olor me hizo querer gritar. Se me revolvió el estómago.

«Estoy dentro de un ciervo muerto –pensé. Temblé de pies a cabeza–. Dentro de un ciervo muerto...»

Oí el crujido de unas pisadas cercanas, y también voces.

—¿Dónde se ha metido? ¿Cómo hemos podido perderla?

—No ha podido ir lejos.

Luché por calmar mi estómago. Traté de no respirar aquel fétido olor, pero no pude contener la respiración ni un minuto más. Tomé un pequeño respiro... y vomité.

—Uuu —dejé escapar un débil gemido.

El sonido de las pisadas se hizo más próximo. Oí un sonido sordo y me di cuenta de que uno de los hombres le había dado una patada al cadáver del ciervo. Mantuve la boca cerrada para no chillar.

—A este ciervo parece que lo hayan atropellado.

—Qué peste. ¿Has olvidado ponerte desodorante hoy?

Ambos se rieron.

—A este ciervo no lo ha matado un animal corriente —oí decir a uno de ellos—. ¿Crees que nuestro amigo se encuentra cerca?

—No me sorprendería. Seguro que está hambriento, ¿no?

—Bueno, es un cerdo, ¿no? ¡Ja, ja!

—Lo encontraremos pronto si va dejando pistas como esta.

Me estremecí bajo aquel asqueroso manto de piel rancia. Me picaba todo el cuerpo. Tenía la ropa húmeda de las entrañas del ciervo y de mi propio vómito. Me invadió una nueva oleada de náuseas.

«Si se movieran sólo un poco y me dejaran salir de aquí...»

Pero no. Oí más murmullos y luego pasos. Saludos.

Alguien se les había unido. Intenté escuchar lo que decían. Pero se habían alejado.

Entonces oí claramente una voz.

—¿Por qué me habéis llamado?

Me quedé sin aliento. La piel del ciervo se me escurrió de las manos. La atrapé de nuevo. Me esforcé por permanecer callada.

Aquella voz... La reconocí, la reconocí de inmediato.

MI PADRE.

«¿Debo levantarme? ¿Debo salir de dentro del cadáver del ciervo y correr hacia mi padre?

»Puede que esté loco —pensé—. ¡Pero no va a dejar que esos hombres le hagan daño a su propia hija!»

Empecé a tirar de la piel del ciervo, pero me detuve cuando mi padre habló.

—¿Por qué me habéis llamado? ¿Qué problema hay? —preguntó.

—Es tu hija —respondió uno de los hombres.

—¿Laura? ¿Ha estado aquí?

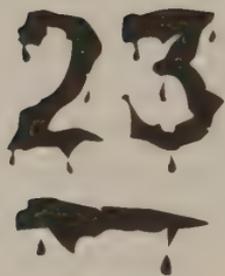
—Abrió el remolque y... lo ha visto. Ha visto a la criatura.

—Oh, no —gimió mi padre—. ¿Por qué no se lo impedisteis?

—Lo intentamos. Pero nos dio esquinazo; por eso te llamamos.

-Tiene que andar muy cerca -dijo el otro hombre.

-¡Bueno, vamos a buscarla! -gritó mi padre. Parecía muy enfadado-. ¡Encontradla... antes de que lo eche todo a perder!



¡Mi propio padre!  
Me quedé helada, paralizada por el horror.  
Mi propio padre quería que me cogieran.  
«Está loco –pensé–. ¡Es un monstruo!»  
Oí cómo las voces se desvanecían a medida  
que se alejaban.

–Separémonos –dijo mi padre–. La encontraremos por la mañana.

Luego... silencio.

No me moví.

Cerré los ojos y traté de pensar.

«No puedo volver a casa. ¿Dónde puedo ir?»  
Mi propio padre... Mi propio padre...»

Tenía que ir a alguna parte y encontrar ayuda.

Salí despacio de debajo del cadáver del ciervo. Tenía la ropa húmeda y manchada. Intenté quitarme los espesos y malolientes intestinos de los brazos y la frente. Me saqué un asqueroso pegote del pelo.

De repente oí la tos de uno de los hombres. Me volví rápidamente y empecé a correr en dirección contraria. Sentía las piernas rígidas. Me dolía la espalda. Cada vez que respiraba, inhalaba aquel desagradable olor.

Adónde iba, no me importaba. Sólo quería alejarme de aquellas voces, de aquellos hombres, de mi padre.

Di vueltas como en un laberinto, como si deambulara por una pesadilla. Unos minutos después, me arrastraba hasta mi patio trasero. Ni siquiera me había dado cuenta de que me dirigía hacia casa.

Escuché tras la puerta del cobertizo. Silencio. Entonces di una vuelta alrededor de la casa, mirando a través de las oscuras ventanas.

Mi padre todavía no había vuelto. Todavía estaría buscándome por el bosque.

Como me sentía desfallecida y mareada, atravesé la puerta trasera y me apresuré a subir a mi habitación.

—Esta es mi casa —dije en voz alta—. Mi casa.

Pero allí ya no estaba segura, porque vivía con el enemigo. ¡Vivía con un monstruo!

Me arranqué las desagradables ropas y las lancé dentro del armario. Me di una ducha rápida, rezando para que mi padre no volviera.

El agua caliente me hizo sentir tan bien que deseé poder quedarme horas allí, enjabonándome el pelo docenas de veces. Pero sabía que tenía que irme cuanto antes.

Me puse unos tejanos nuevos y una sudadera y salí corriendo por la puerta principal. Esperaba que la oscuridad de la noche me ocultara. Pero el cielo tenía una tonalidad grisáceo-rosada. Era casi de día.

Me encaminé hacia el hospital de animales.

Caminé a través del bosque en silencio, alerta, mirando..., esperando oír a mi padre y a los hombres.

El rocío de la mañana volvió el suelo blando y embarrado. La rosada luz de la mañana dejaba entrever titilantes briznas de color.

—¡Oh! —Me detuve cuando observé un movimiento entre los arbustos. Vi cómo se movían. No estaba sola.

Me agaché tras un árbol... y respiré con alivio cuando vi que era Joe. Salí corriendo de mi escondite. ¡Me dirigí hacia él y casi lo abracé!

—¡Joe! —Una sorprendida risa escapó de mi garganta—. ¿Qué haces por aquí tan temprano?

Se detuvo a unos pasos de mí.

—Oh... Laura. ¡Hola! ¿Qué haces tú aquí?

—Es... es una larga historia —dije—. ¿Me acompañas hasta el hospital de animales? Unos hombres quieren cogermé y ...

Alargué la mano. Tenía algo verde enganchado en el cabello. Una oruga. La cogí.

—¡NO! —chilló Joe. Para mi sorpresa, dio un salto atrás, alejándose de mí...

... ¡y me quedé con su cabello en la mano!

—¡Ahhh! —gritamos al unísono.

Observé la larga y brillante cabellera negra en mi mano..., ¡una peluca!

Me volví hacia Joe. Tenía los ojos desorbitados por el terror.

Y su cabeza... ¡Estaba totalmente calvo!

¡Tenía dos rosas y puntiagudas OREJAS DE CERDO!

# 24

—¡No! —Me quedé sin aliento.

Joe permanecía con la boca abierta... y vi sus dientes..., dos hileras. Una era normal..., humana; la otra era una serie de puntiagudos dientes de cerdo.

—Lo siento —murmuró Joe—, no quería que lo supieras.

—Yo... no lo entiendo —dije sin respiración.

La expresión de Joe se volvió iracunda.

—¡Lo entenderás pronto! —chilló—. Soy la criatura, Laura. Soy la criatura que ha estado perturbando a los animales del bosque. Porque no soy normal.

Dejó escapar un grito iracundo.

—¡Soy la criatura! Todos los animales, los murciélagos, los perros, los pájaros... actuaban de forma extraña por mi culpa. Porque en realidad soy un engendro. ¡Porque saben que no debería estar aquí!

–Pero... –Luchaba por articular las palabras. No podía pensar con claridad. No podía apartar los ojos de su redonda y pelada cabeza, de las orejas de cerdo.

–Y a veces..., a veces estoy tan hambriento –dijo Joe, apretando sus agudos dientes–, que hago cosas horribles. Lo siento, Laura. De verdad que lo siento.

–¿El ciervo? –dije sin respiración–. ¿Fuiste tú el que mató al ciervo? ¿Y el que atacó a *Georgie*? ¿Y... y aquello era tu refugio, con todos aquellos huesos y cabezas de animales?

No respondió. Me arrebató la peluca.

–Yo... vine al bosque. Sólo quería algo de aire fresco –dijo con voz trémula–. Sólo quería vivir libre por un tiempo. Estoy tan cansado de estar encerrado..., escondido..., prisionero...

Entonces Joe dio media vuelta, resollando, gruñendo como un animal... y se fue corriendo.

Me quedé paralizada, viendo cómo desaparecía entre los árboles. Me envolví entre mis brazos, intentando pensar. Intentando entender el sentido de todo aquello.

«¿Cómo demonios se había convertido en una criatura como aquella? ¿Le había hecho eso mi padre? ¿Experimentaba mi padre también con seres humanos?»

Me sentía enferma. Mareada.

–Doctora Carpenter –musité su nombre en voz alta. Necesitaba que la doctora Carpenter me ayudara a aclarar todo aquello.

El sol salía tras los árboles cuando empujé la puerta principal del hospital de animales. La recepción estaba a oscuras. No había nadie detrás del mostrador.

Le eché un vistazo al reloj de la pared. Eran las siete y media. La mayoría del personal no llegaba tan temprano.

Oía el gemido de los animales al final del largo pasillo. Un gato maulló. Sonó tan humano..., como un bebé.

—¿Hay alguien ahí? —grité—. ¿Doctora Carpenter? ¡Soy yo..., Laura!

No obtuve respuesta.

«Quizá esté en uno de los laboratorios de investigación», pensé.

Sabía que a veces venía pronto, antes de que empezaran a llegar los pacientes.

Caminé por el largo pasillo hacia el laboratorio. Sólo estaban encendidas unas cuantas luces. El interminable pasillo, con sus pálidas paredes, sus puertas cerradas y sus largas sombras, parecía amenazador con la tenue luz. Los viejos suelos crujieron bajo mis pies. Los animales gemían y aullaban.

—¿Hay... hay alguien ahí? —llamé—. ¿Doctora Carpenter?

Empujé la puerta. Pensaba que conducía al laboratorio, pero estaba llena de jaulas de animales y cajas de comida. Me detuve cuando creí oír unos pasos.

—¿Doctora Carpenter?

No. Los sonidos desaparecieron. Un perro ladró. El suelo crujió.

Doblé por una esquina que llevaba hacia otro largo pasillo lleno de puertas.

—¡Hola! —llamé—. ¿Hay alguien?

Abrí otra puerta. Un laboratorio vacío.

Sabía que el laboratorio de investigación estaba en alguna parte en la zona posterior. Pero ¿cuál era la puerta?

Probé con la puerta siguiente. Un escalofriante aullido me dio la bienvenida. Otros animales chillaron en la oscuridad. Las jaulas se agitaron.

Encendí la luz... y me quedé sin aliento.

—¡No!

Me quedé helada en la entrada, mirando boquiabierta las jaulas que se alineaban al fondo del laboratorio. Una pared de jaulas con animales dentro... Pero no eran animales...

¡Eran criaturas!

Criaturas horrorosas. Todas ellas. Caniches con orejas de cerdo puntiagudas, gatos con hocicos de cerdo, monos, monos sin pelo, cubiertos de una rosada piel de cerdo.

Pero las peores, las más espantosas, eran las criaturas de las jaulas superiores: cerdos con cuerpos humanos, brazos y piernas humanas. Cerdos a los que les crecían largas y oscuras cabelleras humanas.

Las criaturas cerdo agarraban los barrotes de sus jaulas con manos humanas.

No. Algunas de ellas tenían pezuñas de cerdo por manos.

Entré en la habitación y observé a una criatura con un cuerpo porcino corto y grueso... y con un largo pelo castaño cayéndole sobre la cara. Una cara de cero... ¡con labios humanos!

Abrieron sus morros, gruñeron y chillaron. Aporreaban con las pezuñas los barrotes de las jaulas.

Me acerqué como hipnotizada. ¿Qué eran aquellas criaturas? ¿Por qué estaban allí?

Un cerdo gigantesco con brazos, piernas y orejas humanas golpeaba los barrotes con la cabeza, demasiado grande para su jaula. A su lado vi una pequeña criatura cerdo. ¡Un cerdo con una larga cola de caballo!

La pequeña criatura estaba vomitando, tumbada en un charco de vómito amarillo. Me agaché para verla mejor...

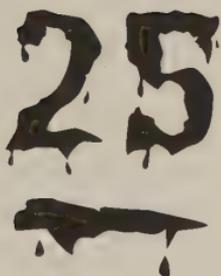
Sentí cómo una fuerte mano me tiraba del pelo.

¡La gigantesca criatura cerdo!

Gruñendo, sacó los brazos a través de los barrotes de la jaula... y me cogió la cabeza con ambas manos.

*Uuuh... uuuh... uuuh...*

Restregó sus calientes y húmedas manos sobre mi rostro. Luego las bajó hasta el cuello... y me empezó a estrangular.



—¡Ayyy! —Dejé escapar un quejido sofocado. Luché por zafarme de las enormes manos.

Pero la criatura era demasiado fuerte. Me tiró contra la jaula. Su aliento apestaba. Sus manos se tensaban en torno a mi cuello.

Los animales gimoteaban y chillaban, agitando las jaulas, saltando arriba y abajo. Tan fuerte... tan fuerte que los oídos me zumbaban...

Pero a medida que me quedaba sin respiración, los sonidos fueron desvaneciéndose. Las luces comenzaron a palidecer.

Cuando mi cuerpo empezaba a perder fuerza, oí un grito.

Y luego, de nuevo, otro grito iracundo. Y las grandes manos dejaron libre mi cuello. La gruñona criatura volvió a meter los brazos en la jaula.

Podía respirar de nuevo. Mientras me frotaba la garganta dolorida, daba bocanadas de aire intentando volver a respirar.

Luego me volví y vi a la doctora Carpenter acercarse a toda prisa a través de la habitación. Su cara se contrajo por la sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No esperó a que le contestara. Me pasó un brazo por los hombros con delicadeza y me examinó el cuello.

—¿Estás bien, cariño? ¿Puedes respirar? Ese muchachote puede ser peligroso.

—Yo..., yo... —La garganta me dolía horrores, casi no podía respirar—. Esas criaturas... —articulé finalmente señalando las jaulas con la mano—. ¿Las creó todas mi padre?

La doctora Carpenter me miró fijamente.

—No deberías estar aquí, Laura.

—Pero..., pero... —balbuceé.

—Deberías haberle hecho caso —dijo la doctora Carpenter—. Deberías haberte alejado del bosque. —Suspiró—. Y ahora vendrá aquí a buscarte, ¿verdad? Vendrá a detenerme. Ya ha capturado a algunas de las criaturas que se han escapado del laboratorio. Ha estado barriando el bosque, buscándolas.

—¡No..., no lo entiendo! —grité—. Por favor...

—Bueno..., no puedo permitir que me detenga —dijo, enfadada, la doctora Carpenter—. No hasta que haya encontrado una cura.

Parpadeé.

—¿Una cura? —pregunté—. ¿Para qué?

No pareció haberme oído. Sus ojos estaban fijos en las jaulas.

—Todas estas pobres criaturas son fracasos —dijo, moviendo la cabeza—. Míralas. Mira lo que les he hecho. Pobrecillas... Pero tengo que conseguirlo. Tengo que hacerlo.

Se volvió hacia mí y me escrutó con sus brillantes ojos verdes.

—Quizá tú puedas ayudarme, Laura.

Sentí un escalofrío en la espalda.

—¿Cómo? ¿Yo?

Me cogió de los hombros y acercó su cara a la mía.

—No te importaría sacrificarte, ¿verdad? ¿Verdad que no, Laura? Si con eso salváramos una vida...

—¿Sa... sacrificio?

Me di cuenta de que temblaba de miedo. ¿Qué estaba diciendo la doctora Carpenter? No la entendía.

—¿Son estas las criaturas de mi padre? —volví a preguntar—. ¿Está tratando de curarlas? ¿Va a hacer que sean normales de nuevo?

La doctora Carpenter dio un paso atrás. Estudió mi cara por un momento y luego meneó la cabeza.

—No, Laura. No son las criaturas de tu padre. Son mías.

—¿Suyas? —dije con voz temblorosa—. ¿Qué quiere decir?

—Pronto lo entenderás. —Me cogió por los hombros—. Te he estado preparando —dijo—. Esa inyección que te puse... no era para la herida del

cuello. La inyección era para prepararte... para la transferencia genética.

—¡Nooo! —Dejé escapar un grito y me libré de su abrazo.

Luego salí corriendo, lanzándome hacia la puerta.

Aporreando sus jaulas, las criaturas comenzaron a gemir y a aullar.

Miré hacia atrás y vi a la doctora Carpenter corriendo tras de mí.

—¡AUUU! —chillé cuando me golpeé contra una enorme jaula al lado de la puerta. La jaula se abrió con estrépito. Y cientos de murciélagos salieron batiendo sus alas, chirriando y chillando. Los murciélagos se elevaban hasta el techo y luego caían en picado, revoloteando hacia delante y atrás por el laboratorio.

Mientras la doctora Carpenter luchaba por deshacerse de ellos, me escabullí por la puerta, hacia el largo y oscuro pasillo.

Mis pasos resonaban contra la ajada alfombra, el suelo crujía bajo mis pies.

Todavía podía oír el batir de alas de los murciélagos... y los terroríficos chillidos de la doctora Carpenter tras de mí.

Respirando con dificultad, di la vuelta a una esquina... y choqué contra alguien.

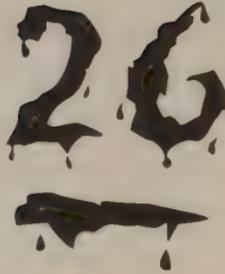
—¡Ah! —Un duro golpe.

Recuperé el equilibrio rápidamente... y miré a Joe. Se había vuelto a colocar la negra peluca. Me miraba sorprendido.

-¿Eh? ¿Estás aquí? -grité-. ¡Tienes que ayudarme, Joe! ¡Ayúdame a librarme de ella! ¡Está loca!

Para mi sorpresa, Joe me cogió de la cintura y me empujó contra la pared.

-¡La tengo! -gritó-. ¡Está aquí! ¡La tengo, mamá!



—¿Eh? ¿Qué estás diciendo, Joe? —exclamé.

Joe no respondió. Me mantenía sujeta contra la pared. Luché por librarme de él, pero no era lo suficientemente fuerte.

La doctora Carpenter se apresuró a venir hacia nosotros.

—Bien —musitó. Me cogieron de los brazos y me empujaron hacia otro laboratorio. Luego me hizo entrar en una jaula. La doctora Carpenter cerró la puerta de golpe y pasó el cerrojo. Me di la vuelta y vi a dos horribles criaturas cerdo detrás de mí, dentro de la jaula. Una tenía el pelo largo y rubio, y una cara llena de pecas. La otra tenía unos afilados cuernos negros que sobresalían de su cabeza de cerdo. Parecía una combinación de cerdo y cabra.

—¡Por favor!... ¡Dejadme salir! —gimoteé—. ¡Por favor!...

La criatura pecosa se abalanzó hacia delante y me tocó un costado con una afilada pezuña.

Se me heló el corazón cuando vi que la otra criatura alzaba sus peludas garras y me pasaba una a través del pelo, como si lo peinara.

—Por favor..., dejadme salir.

La criatura cornuda avanzó su cara hacia la mía. Me enseñó sus dientes..., tan afilados como navajas.

—Me... me va a morder. —Me alejé de la bestia. Me acurruqué en uno de los rincones de la jaula—. Por favor..., dejadme salir.

—Lo siento, Laura —dijo ella—, pero no podemos dejar que te escapes de nuevo. Te necesitamos.

—¿Necesitarme? ¿Para qué? —dije con voz aguda.

Los murciélagos entraban y salían de la habitación. Eché una frenética ojeada al laboratorio. Las jaulas estaban apiladas a lo largo y alto de la pared posterior. Las jaulas estaban llenas de cerdos que no paraban de gruñir.

En el centro de la habitación, se elevaba una pared de equipos electrónicos. Pude ver tres o cuatro monitores. Algunos paneles de control parpadeaban. Dos conos de metal estaban añadidos a ambos extremos. En una pequeña mesa metálica, brillaban las jeringas bajo las luces del laboratorio.

La criatura cerdo de los cuernos me gruñó, enseñándome sus puntiagudos dientes, pasándose su rosada lengua por el morro. La otra me golpeó con su pezuña.

—¡No podéis tenerme aquí! —grité. Cargué contra los barrotes y me agarré a la puerta, tratando de empujarla. No cedió.

–No será por mucho rato –replicó la doctora Carpenter–. Se habrá acabado para cuando tu padre aparezca por aquí buscándote. –Pulsaba botones y giraba diales en los paneles de control–. Joe, baja aquel cerdo de allí arriba. Jaula número cuarenta.

Joe se apresuró a obedecer. Abrió la jaula y sacó al pequeño cerdito rosa y blanco. Agarrándolo con fuerza con ambas manos, se lo llevó a la doctora Carpenter. Le puso la cabeza bajo uno de los conos metálicos y comenzó a atarlo con una correa a él.

Las luces se iluminaban en el gran panel de control.

Dos murciélagos entraron en el laboratorio y luego salieron volando.

–¡Me mintió! –chillé–. Usted dijo que mi padre estaba haciendo experimentos crueles.

–Tuve que hacerlo. No tenía otra opción –dijo la doctora Carpenter–. Hace cuatro años, justo antes de trasladarme aquí, descubrí la manera de cambiar los genes utilizando corrientes eléctricas. Estaba tan cerca de crear un gen que pudiera combatir los virus... Tan cerca... Pero entonces ocurrió aquel terrible accidente.

Se volvió y miró a Joe. Había terminado de atar al cerdo debajo del cono. Joe le sujetaba las patas mientras la doctora Carpenter le inyectaba la jeringa llena de un líquido amarillo. El cerdo dejó escapar un agudo chillido cuando la aguja penetró en su piel.

–Durante una de las transferencias, Joe se pinchó con una aguja llena de células de cerdo. Confundido por la sorpresa, dio un traspie y fue a parar directamente en medio de la corriente eléctrica –continuó la doctora Carpenter–, combinando sus células con las del cerdo. –Le dio unos golpeitos en la cara a Joe–. Mi pobre niño... Él... Desde entonces nunca ha sido el mismo. Él... –Las lágrimas anegaron sus ojos.

–Nos trasladamos aquí para tener un sitio seguro donde vivir –dijo Joe–. Nadie preguntaría por mí aquí. Nadie me conoce. Y mi madre podría continuar con su investigación para volverme normal.

–Joe, yo... yo... pensaba que éramos amigos –balbucí.

–Ya no tengo amigos, Laura –dijo suavemente–. Tengo que esconderme en la casa la mayor parte del tiempo. Hasta que el hambre me acucia. Esa profunda hambre de carne fresca. Entonces tengo que ir a cazar al bosque... –Su voz fue perdiendo fuerza.

–Joe –sollozó la doctora Carpenter–, lo siento. Lo siento tanto...

–Tú me volverás normal, mamá –dijo Joe, sosegadamente–. Sé que tú podrás.

La doctora Carpenter se volvió hacia mí.

–He pasado todo este tiempo intentando encontrar la manera de invertir el proceso. Para eso son todos estos animales, para ayudarme a volver a Joe a la normalidad.

—Pero mi padre... —comencé a decir.

—Tu padre no aprobaba mis experimentos. No conocía la existencia de Joe, lo mantuve escondido. Pero no aprobaba la forma en que trataba a los animales. Decía que iba en contra de las leyes de la naturaleza. Trató de detenerme. Los animales se morían, pero no podía parar. Descubrí que si los diseccionaba, podía aprender qué había ido mal. Tenía que matar a más... hasta encontrar la cura.

«Si los matamos, aprenderemos más. ¿Cuántos podemos matar?» Las palabras del diario del cobertizo de mi padre destellaron de pronto en mi mente.

—¡Aquellas eran sus notas, las del cobertizo!  
—exclamé, sin aliento.

Me dio un vuelco el corazón.

«Tendría que haber confiado en mi padre. Él nunca le haría daño a un animal. Tendría que haber creído en él. Mi padre nunca le haría daño ni a una mosca.»

—¡No! —grité, empujando a las dos criaturas lejos de mí—. ¡No! ¡Por favor!

—No he dispuesto de seres humanos para experimentar en mucho tiempo —dijo la doctora Carpenter, abriendo la puerta de la jaula—. Pero ahora te tengo aquí. ¿No te gustaría ser la persona que me ayude a devolver su forma normal a Joe?

—¡No! —chillé—. ¡Por favor! ¡Por favor!

Me agarró con ambas manos y me sacó de la jaula. Luego me empujó bajo el cono metálico.

Traté de librarme a patadas, pero era demasiado fuerte. Me sostuvo contra un lado de la máquina y estiró el cono hasta ponerlo encima de mi cabeza.

—¡Espera, mamá! ¡No! —gritó Joe—. Esto no me gusta. ¡No puedo seguir con esto! ¡Laura es mi amiga!

—¡No es tu amiga! —lo atajó la doctora Carpenter. Tensó una correa bajo mi barbilla para sujetarme debajo del cono—. ¿No lo entiendes? ¡Su padre me destruirá antes de que pueda curarte!

—¡Mamá!... —gritó Joe.

La doctora Carpenter se volvió hacia mí.

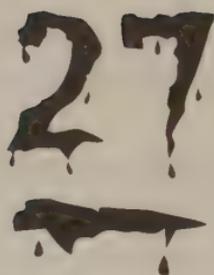
—La corriente se disparará entre los dos conos —explicó—. No duele, Laura. No sentirás nada, te lo aseguro. Te inyectaremos algo que ayudará a que las células de cerdo se mezclen con las tuyas. Ni siquiera lo sentirás.

—¡Nooo! ¡Nooo! ¡Por favor! —Luché por librarme.

Pero no tuve tiempo.

Cogió la jeringuilla... y me la clavó en el brazo. Grité cuando el dolor me atenazó el brazo.

Sacó la aguja rápidamente, rascándose con ella. Se limpió la sangre con la bata de laboratorio. Luego se dirigió hacia el panel de control. Agarró una gran palanca y accionó el interruptor.



Oí el chispazo de la electricidad.

Vi que Joe agarraba a su madre de la cintura y trataba de alejarla de allí.

Mientras se peleaban, se abrió la puerta del laboratorio tras ellos.

—¡Papá! —chillé—. ¡Ayúdame!

La corriente eléctrica crepitó entre los dos conos metálicos. El cerdo del otro costado chilló y comenzó a mover espasmódicamente las patas.

Un murciélago revoloteó por la habitación. Voló bajo sobre mi cabeza, dirigiéndose directamente hacia la corriente eléctrica.

La doctora Carpenter se volvió para encararse con mi padre.

—¡Fuera de aquí! —chilló mientras retrocedía—. ¡Ya has hecho suficiente!

Mi padre se dirigió hacia ella con los ojos entornados por la ira y los puños apretados a los costados.

El murciélago pasó rozando mi cabeza.

La doctora Carpenter dio otro paso atrás.

—¡No puedes detenerme! —le gritó a mi padre—. ¡No puedes! Te lo advierto...

Pero él no se detuvo. Fue hacia ella. Paso a paso. Sus manos se apretaron en puños.

Haciéndola retroceder... otro paso atrás.

Entonces, ella dejó escapar un agudo grito cuando tropezó y se puso al alcance de la corriente eléctrica.

Grité, también, cuando vi que el murciélago se lanzaba directo hacia la corriente de electricidad.

¡ZZZAAAAAAP!

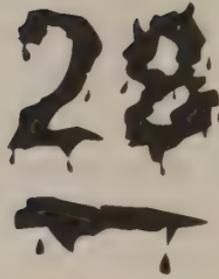
Toda la habitación crepitó y se iluminó.

Vi cómo alrededor de la doctora Carpenter y del murciélago relucía un aura de color amarillo brillante.

Vi que el murciélago explotaba dentro de la crepitante corriente. Sus entrañas rociaron a la doctora Carpenter mientras esta gritaba, aterrada.

Y entonces cerré los ojos. Era demasiado horrible. Demasiado desagradable.

Demasiado aterrador.



No abrí los ojos hasta que sentí que elevaban el cono metálico. Mi padre me sacó al pasillo.

Me abrazó con fuerza. Alcé la vista hacia él, todavía mareada.

—Ya pasó todo, Laura —dijo mi padre, con ternura—. Todo se acabó. He hecho mi trabajo. La hemos detenido. He estado recogiendo pruebas, trabajando de firme.

—Pero papá... —respondí, sin aliento—, las criaturas del cobertizo, el diario que le robaste...

—Intenté detener su investigación. Sabía que sus experimentos fallaban —dijo—. Por eso me echó. Pero me llevé sus notas. He estado intentando curar a los animales que ella había cambiado.

Me guió lentamente a través del pasillo y me condujo fuera del edificio.

—¿Dónde están? —pregunté, echando una mirada atrás, hacia el hospital de animales—. ¿Dónde están Joe y la doctora Carpenter?

—Se fueron corriendo mientras te soltaba. Pero no te preocupes. No irán muy lejos. Los encontraremos.

Volvimos a casa unos minutos después. Lo seguí hasta la cocina.

Recogió un sobre de la mesa y lo rompió por la mitad.

—¿Qué era eso? —pregunté.

—Tu billete a Chicago. —Tiró los trozos a la basura—. Nunca quise alejarte de aquí —dijo—, pero tenía miedo. Sabía cómo podían ser de depravadas esas criaturas. Sólo quería protegerte. —Meneó la cabeza—. El otro día, en el bosque, no deberías haber corrido; sólo quería protegerte, Laura.

Me lancé hacia delante para abrazarlo. Permanecimos unidos durante un buen rato.

Entonces miré por la ventana de la cocina. Miré hacia el bosque y pensé en Joe.

«¿Volveré a verlo algún día? —me pregunté—. ¿Y volverá el bosque a la normalidad? ¿Volverá a ser algo normal?»

Aquella noche me sentía exhausta, pero no lograba conciliar el sueño.

Me estiré en la cama, mirando la pálida luna creciente a través de la ventana de mi cuarto. Parecía una sonrisa. Una risita en la oscuridad.

Finalmente, comencé a adormilarme. Mis ojos se cerraban... cuando oí un sonido de aleteos.

Algo estaba golpeando contra el cristal de la ventana.

Me senté, sobresaltada.

¿Qué era aquello? ¿Un murciélago?

Sí. Un murciélago aleteando al otro lado de la ventana, golpeando sus alas contra el cristal.

—¿Eh? —Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana.

*Bum, bum.*

Las alas chocaban y arañaban el cristal mientras el murciélago revoloteaba.

Me acerqué un poco más. Miré sus alas en movimiento. Su pequeño y redondo cuerpo. Sus garras del murciélago...

Y su cara...

¡La cara de la doctora Carpenter en el cuerpo de un murciélago!

Revoloteando, golpeándose contra la ventana, me miraba. Su pequeña cara, donde debía estar la cabeza del murciélago, con unos ojos verdes desorbitados por el terror.

Y entonces abrió la boca.

Mirándonos mutuamente a través del cristal, ambas abrimos la boca... y gritamos, gritamos, gritamos...

Mira lo que te espera en

LA **CASA** de L  
ABRE LA PUERTA **terror** 7

**AULLIDOS**

Un nuevo y horripilante aullido recorrió la habitación. Instantes después, más ruidos de arañazos.

—Scott, ¡deja entrar a la gata! —gritó su madre desde la otra habitación—. Está en la puerta trasera, otra vez. ¿No la oyes?

—Ya voy, mamá —respondió Scott. Fue corriendo hasta la puerta—. Estúpida gata —murmuró.

Dejé escapar un profundo suspiro.

Vanessa se rió.

—¿Pensabas que habías oído a un fantasma?

—No —mentí—. Sabía que era un gato.

Sentí que la cara me empezaba a arder. Siempre me pongo rojo cuando miento.

Me sentía un poco inquieto. ¿Por qué había pensado de repente que Scott podría tener fantasmas en casa? Creo que porque quería creerlo.

*Matilda*, la gata negra de Scott, pasó por encima de nuestros pies, directa hacia su cuenco de agua. Scott asomó por la puerta de la cocina.

—Vamos, no hagamos esperar a los fantasmas.

Lo seguimos a través del recibidor hacia la escalera. El recibidor era largo y oscuro, con el papel de las paredes de un gris fantasmal y unas lámparas en forma de candelabros.

—Scott, ¿quién está ahí? —gritó su madre desde la sala de estar.

—Son Spencer y Vanessa —respondió. Y añadió con una voz profunda y ronca que pretendía infundir miedo sin demasiado éxito—: Han venido a ver la Mansión Encantada.

—¿Cómo? —dijo su madre—. ¿La Mansión qué?

—Intenta mantener a los fantasmas en secreto —nos susurró Scott—. No quiere que nadie sepa que existen.

—Sí, ya —musité.

Los peldaños de madera crujieron cuando Vanessa y yo lo seguimos escalera arriba.

—A veces, entrada la noche, oigo pisadas bajando y subiendo esta escalera —dijo Scott—. Enciende las luces... y no hay nadie.

Vanessa agitó la cabeza.

—Ha sido bueno —me susurró—, realmente bueno. ¡Casi me lo creo!

—Yo no —le susurré a mi vez.

Nos detuvimos bajo una puerta que había en el techo, al final de la escalera. Scott agarró una cuerda que colgaba de la puerta.

—Esto da al ático —dijo—. Creo que es aquí donde los fantasmas se reúnen durante el día.

Tiró de la cuerda. La puerta chirrió. La otra cara de la puerta estaba compuesta por una escalera de madera.

—Cuidado, alguno de los peldaños está podrido —nos avisó Scott.

Empecé a subir, con cuidado, uno a uno. Los peldaños eran empinados y no había nada a lo que agarrarse. A medio camino, me volví hacia Scott.

—¿Y dices que veremos fantasmas aquí arriba?  
Asintió solemnemente.

—No son tímidos, no nos tienen miedo y no les importa que los veamos.

Subí el resto de la escalera y esperé a que Vanessa y Scott me alcanzaran. El ático era largo y de techo bajo. Era una enorme sala en forma de ele que giraba hacia la derecha.

Sólo tenía una ventana, medio opaca por la gruesa capa de polvo que la cubría. La anaranjada luz del día se colaba a través de ella, pero sólo iluminaba una pequeña parte de la habitación. El resto del ático permanecía en la penumbra.

Parpadeé varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la extraña luz. El ático estaba atiborrado de cajas y montones de revistas, libros y muebles. Vi algunos sofás y sillas cubiertos por sábanas, como fantasmas de Halloween.

Las telarañas colgaban de un viejo perchero inclinado hacia una de las paredes. Un montón de fotografías enmarcadas descansaban contra la

otra pared. Las fotos eran oscuras; el papel estaba amarillento y agrietado.

En una de las fotos, un chico de extraño aspecto con una gorra negra, parecía mirarnos fijamente. Círculos negros aparecían bajo sus tristes ojos. Tenía la cara arrugada como una uva pasa. Parecía más un mono que un niño.

—¿Es una foto de cuando eras bebé? —bromeó Vanessa.

Scott se llevó un dedo a los labios.

—Ssst. ¿Queréis ver un fantasma o no?

Nos apartamos de la luz para dirigirnos hacia el área en penumbra. Resbalé sobre la gruesa capa de polvo que cubría el suelo. Tropecé con una pequeña mesa, pero la cogí antes de que cayera.

Doblamos la esquina. Agucé la vista. Aquella parte del ático estaba totalmente a oscuras. Scott tiró del cordón de la luz. Una pequeña bombilla parpadeó. Con la ayuda de la tenue luz, vi una vieja mecedora con uno de los brazos roto, un reloj de madera que aún se mantenía de pie, un montón de platos...

Y entonces..., entonces...

Vanessa y yo la vimos a la vez. Una anciana..., tan pálida, un rostro de una palidez fantasmal..., de pie contra la encortinada pared del fondo. Su viejo vestido pasado de moda estaba descolorido. No tenía color. Nada tenía color.

Me quedé boquiabierto. Dejé escapar un grito ahogado. Vanessa me cogió del brazo.

—¡Scott no bromeaba! —susurró.

Si deseas recibir más información sobre esta colección o sobre nuestro Club y todas sus ventajas, rellena este cuestionario y envíalo a:

MONTENA MONDADORI  
Aragó, 385  
08013 Barcelona

Apellidos:  
Calle:  
C.P. y Población:  
Provincia:  
Fecha de nacimiento:

Nombre:  
núm. y piso:  
Teléfono:  
e-mail:

¿Dónde has comprado este libro?

Librería     Quiosco     Grandes Almacenes     Otros

¿Quién ha comprado el libro?

Tú     Tus padres     Amigos     Otros

¿Has leído más libros de esta colección?

Sí    ¿Cuáles? .....  
 No .....  
.....  
.....

¿Qué es lo que menos te gusta de la colección?



R. L. STINE

# La CASA del Terror

TIENES EN TUS MANOS LA LLAVE PARA ENTRAR EN UN MUNDO DE SOMBRA, MIEDO Y TERROR. DEJA ATRÁS EL CONFORTABLE Y SEGURO MUNDO EN EL QUE VIVES. ABRE LA PUERTA AL TERROR. SIEMPRE HAY SITIO PARA TI EN... LA CASA DEL TERROR.

Observa a Laura, esa chica alta que lleva dos gatos callejeros. A Laura le gustan mucho los animales. Pero últimamente los que viven en el bosque se comportan de un modo extraño. En sus paseos, Laura oye horripilantes y desgarradores chillidos. Pobre Laura, no sabe que, a veces, una senda en el bosque puede conducir a... LA CASA DEL TERROR.

¿Qué vas a encontrar en el próximo libro de LA CASA DEL TERROR?

Busca el número 7: Aullidos

850 ptas. / 5,11 €

ISBN 84-8441-122-2



9 788484 411222

\*P5-CYO-151\*